

San José, Costa Rica 1926 Sábado 18 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Las tres vidas de Karim*, por Leopoldo Lugones.—*Homenaje de la revista bonaerense BABEL a Lugones*.—*Con Diego Rivera: el artista de una clase*, por Esteban Pavletich.—*Los burritos*, por Leopoldo Lugones.—*Discurso*, por el Lic. Alejandro Alvarado Quirós.

EN el antiguo Fadistán, famoso entre los países algarbios, que es como dice occidentales la lengua árabe, por cuya agencia nos ha llegado esta narración, vivió Karim, poeta y filósofo.

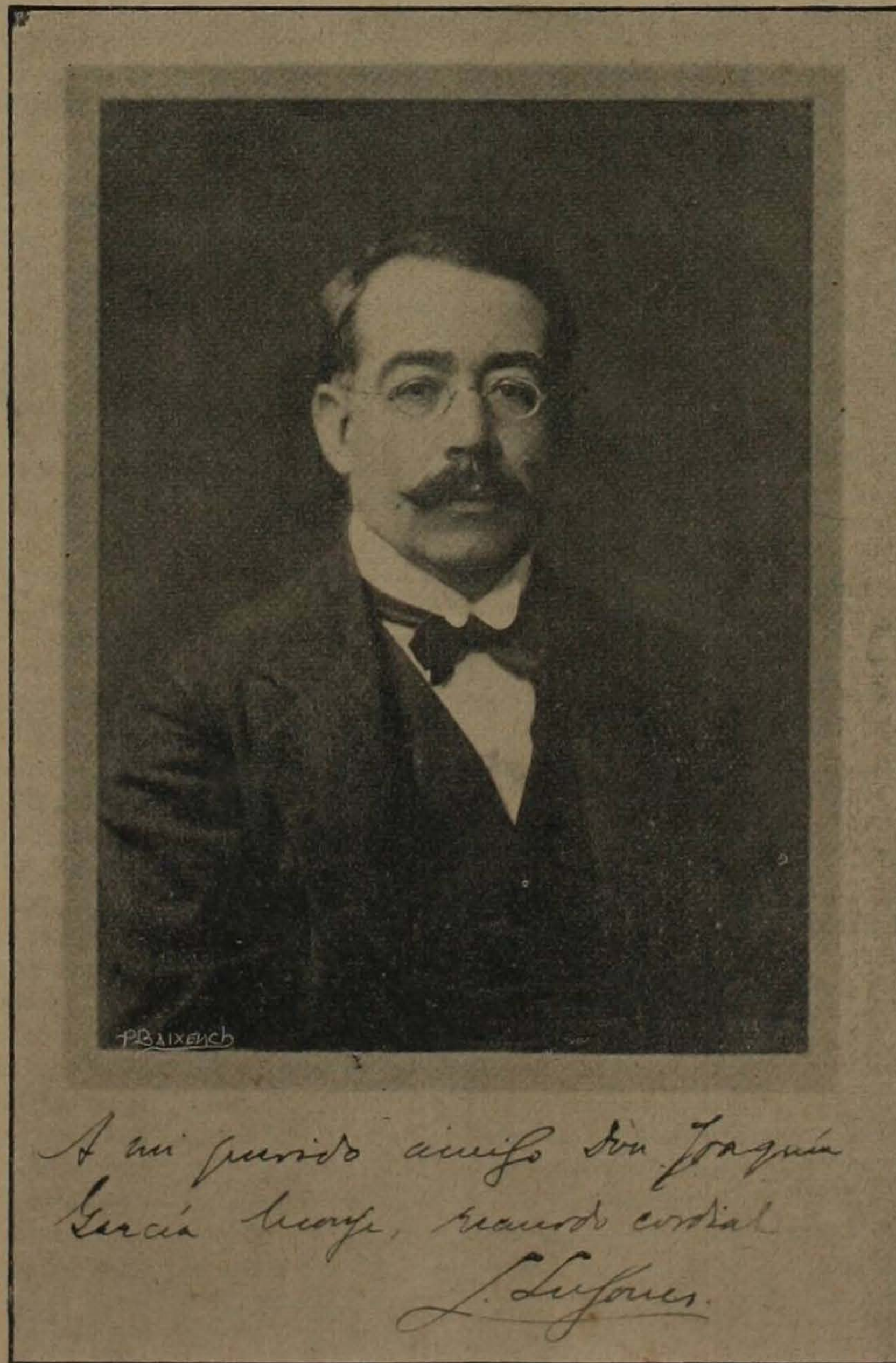
Fué aquél un hombre afable, que casó muy joven, lo cual muestra su ánimo generoso—Karim significa el generoso en la lengua de los árabes;—que casó muy joven, digo, tuvo un hijo varón por gracia de Alah, y conforme el sabio precepto de la vida honorable— así nos la concede el Retribuidor— plantó un árbol y escribió un libro.

Este libro causó la desgracia de Karim; porque siendo original, vale decir, extraído de su propio ser, como la miel que la abeja elabora, suscitó con la dulzura inherente la ojeriza de la poderosa secta oficial de los bebedores de agua, para quienes la Belleza es un fluido transparente, sin olor, color ni sabor; y atrajo las moscas.

Aquella secta habíase perfeccionado hasta el extremo rigor de escribir con agua; lo que sí producía, en verdad, copiosos volúmenes, ahorra el fastidio de leerlos. La perfecta blancura de tales páginas, escondía en su negativa uniformidad una grande irritación contra la escritura irregular, pero legible de Karim; pues según no sé que sabio ingenioso, la perfección es un estado de nulidad.

Para colmo de extravío, contábase que el mal aconsejado autor, carecido una vez de tinta durante la composición de ciertas copias—pues en casa del poeta suele ocurrir

Las tres vidas de Karim



(Véase en este cuaderno, el Homenaje de las páginas 164 a 167).

lo propio que en la del herrero del refrán—habíase pinchado una vena, sacrificando su sangre a su inspiración.

Si en vez de sacársela él mismo, la ex-

trae de un perro o de algún pobre diablo pagado al efecto, el rasgo hubiese valido la pena. Mas, Karim ratificó aún su demencia, declarando que no sólo habría carecido de coraje para cometer semejante crueldad, sino de fondos para costearse el sujeto de la sangría. Hasta hubo un bebedor de agua que lanzó el correspondiente sarcasmo lírico:

—Habría debido degollar un ruiseñor...

Si, todavía, comete el acto para concluir un poema de elevado asunto, una oda a la invención de la fotografía, una sátira sociológica o un himno a la libertad, ¡santo y bueno! Precisamente, LA LIRA Y LA HOZ, asociación universitaria que contaba con la simpatía oficial, acababa de instituir un premio importante para «el mejor diálogo simbólico entre el capital y el trabajo». Pero, lejos de alzarse a tan dignos propósitos, no se trataba sino de unas coplas de amor, tema pasado de moda por su afilgente ingenuidad.

En cuanto a las moscas, sucedió como siempre: comiéronse la flor de la miel y dejaron lo restante a la miseria con sus pecas.

Lejos de aprovechar aquella enseñanza que la vida y el arte ofrecíanle con claridad, dió Karim en la necesidad de escribir otro libro y otros. Como si al mismo Profeta—con él sean la oración y el reposo—no le hubiera bastado un solo Korán.

Entonces fué ya imperdonable su conducta.

La verdad es que con ello nadie se perjudicaba, como no fuese él mismo, si sus

libros eran malos. Proposición confirmada con unanimidad por la crítica contemporánea. La irritación contra aquella persistencia insolente, subió de punto. En eso, estalló un conflicto más grave.

Ya está dicho que Karim era filósofo. Pero, no como adicto a ninguna escuela, sino mediante el recomendable ejercicio de pensar por cuenta propia.

Esto quiere decir que aprendía; y con ello, que se renovaba como todo el que aprende; pues conforme sentenció otro sabio, aprender sin renovarse, no es nutrirse sino engordar.

Así fué despertando Karim una nueva animosidad entre los bebedores de agua, que eran, naturalmente, hidrópicos, y la joven secta de LOS AMIGOS DEL EMBUDO, que doctrinados por apóstoles de la Escitia semisalvaje, usaban aquel aparato como deglutidor doctrinario y como símbolo de la nueva Justicia.

Pues llega el momento de advertir que el opulento Fadistán padecía entonces una crisis democrática. En aquellos resonantes comités deliraba la libertad, promiscuaba la igualdad, y destilaba la fraternidad sus mejores lágrimas de cocodrilo humanitario.

Todo fué soportable, mientras no empezó a participar del gobierno el mencionado anfibio, bajo la representación de ejemplares que arrastrados por su índole troncal, no ocultaban la aversión y el menosprecio hacia el candoroso país, en el cual, míseros y proscriptos, habíanse introducido llorando...

Karim que era buen patriota, lo advirtió y lo dijo, confesando la equivocación que como todos había padecido. Además de esto, una guerra nunca vista acababa de anonadar cuatro imperios: lección histórica que modificó las ideas de Karim, sensible a la experiencia, como todo espíritu inteligente.

Así redobló contra él la ojeriza, sin sacarlo, no obstante, de este concepto, inalterable en su sinceridad.

—¡Qué culpa tengo yo de haber aprendido!...

Era su derecho, consignado por lo demás en la Carta Fundamental del país.

Pero nada hay tan odioso a la igualdad, como una libertad que difiere; y nadie ignora que desde el tiempo de Caín, la fraternidad es una virtud despótica.

Fué, pues, Karim, justamente aborrecido.

* *

Un día entre los días—Alah nos conceda muchos como ése—la esposa de Karim tuvo una idea que encerraba el secreto de la justicia y de la paz. Referir cómo pusieronla ambos en práctica, es revelarla al propio tiempo.

La discreta esposa—otórguenos Alah compañeras semejantes—publicó, pues, que su marido hallábase enfermo. Y para evitar visitas comprometedoras del secreto necesario, aun cuando no eran muchas las amistades de Karim, añadió que había resuelto secuestrar al paciente, porque la dolencia deformaba su rostro.

A la cotidiana noticia de su agravación, fué correspondiendo una piadosa simpatía, que sin excluir las previsibles conjeturas sobre el origen y la naturaleza inconfesables de la enfermedad, robusteciéndose con la progresiva evidencia de que muy pronto dejaría Karim de estorbar a sus semejantes.

Empezóse, así, a negar sus aptitudes con menos rigor; y aunque todavía eran detestables en él la filosofía y el arte, no faltó quien recordara elogiosamente cierta tesis suya sobre resistencia de materiales.

Al cabo de unos días, Karim y su esposa decidieron consumir la defunción. Partió aquél de incognito para una aldea del limítrofe Kurdistán, donde nadie lo conocía, y ella procedió a organizar las exequias, llenando el ataúd, hasta obtener el peso equivalente, con una selección de las diatribas publicadas contra el supuesto difunto. Dicha caja mortuoria, espléndida, por cierto, habíala costado la Academia Nacional, entre cuyos miembros hallábanse varios autores de las diatribas sepultadas.

El mismo día del entierro, al anochecer, la ya gloriosa viuda, substrayéndose con respetable severidad a las condolencias y honores, decidió partir en secreto para entregarse sin trabas a su inconsolable dolor; y pronto corrió la voz de que había profesado bajo seudónimo entre las reclusas de un monasterio budista.

¡Gloriosa, en efecto, aquella viuda ejemplar!

Durante varios años, agotarían su ingenio los enviados de la Academia y del Ministerio de Bellas Artes sin dar con el místico paradero, a fin de poner en sus manos la magnífica pensión que le había votado cuarenta y ocho horas después de la desaparición de su ilustre esposo, el Parlamento Imperial, convocado al efecto.

Pues aquella pérdida inesperada fué realmente un duelo nacional.

Interpretando la pública consternación, el Gobierno tiró un decreto solemne, por el cual hacíase cargo del sepelio, que fué suntuosísimo; pues nadie ignora que en estos casos, los pueblos olvidadizos suelen descargarse la conciencia mediante una premiosa generosidad con los empresarios de pompas fúnebres.

Los centros intelectuales del país iniciaron acto continuo una subscripción para erigir el cenotafio que guardara tan gloriosas cenizas, haciendo que figuraran en ella, como la más cumplida expresión del sentimiento patrio, desde la opulenta cuota del ministro hasta el centavo del pequeño escolar.

Como aquellos centros eran numerosos, y como sobraba en ellos elocuencia disponible, sin contar la que correspondía al clero y a los Poderes Públicos, agregados por conmovedora adhesión, la oratoria fué copiosa.

Once horas duraron los discursos y epicedios; desmayáronse varios chicos de las escuelas públicas formadas en implacable homenaje; y hasta sucumbieron a una decorosa inanición dos granaderos de la guardia que rendía honores de senador a Karim; pues, aunque éste nunca creyó en el go-

bierno representativo, una augusta magnanimidad empezaba a cernirse sobre sus restos.

Pero el difunto, a semejanza de aquellos héroes homéricos, en cuya pira se empleaba una selva entera, no había hecho sino despojarse de su envoltura material—según lo dijeron con porfiada novedad veinte oradores y otros tantos vates de pro—«para resucitar a la vida de la gloria».

Así fué cómo en su retiro del Kurdistán, donde, para completar el incógnito, había cambiado nombre y adoptado el oficio de carpintero, empezó a vivir Karim su segunda vida.

Poblado por gente de otro idioma, no se prestaba aquel país a la profesión de las letras; y ya sabemos que la filosofía de Karim era intolerable a la cátedra. Un hombre que aprende, es decir, que varía, empuja por confesar con ello que no sabe y que duda. Nada menos magistral, como se ve.

En uno de los escritos que más daño le hicieron y que por mayor tiempo empañaron su gloria póstuma, había declarado apreciar más su ignorancia que su saber. Pues aquella es, decía, la mina inagotable de la cual sin cesar extraigo el oro del conocimiento. Cuando lo gasto, porque este es el objeto del oro, vuelvo a la mina que jamás me niega su precioso tributo. Mi vida es así un viaje maravilloso e interminable, que hago sin salir de mí, lo que es decir exento de molestia y fatiga. Observad que todo conocimiento es la revelación de una nueva ignorancia: otra veta de metal precioso abierta a nuestra actividad. ¿Cómo podría el minero desdeñar la mina que lo enriquece?...

Al paso que su miseria material aumentaba con la bajeza de su situación, en aquel mísero oficio de desterrado, la vida de la gloria alcanzaba su apogeo para él.

Olvidadas las disenciones con rapidez y acabados los enconos, en esa dichosa plenitud que sólo asegura hasta la perfección el fallecimiento del ser odiado, sobrevénia la fama incorpórea, que en su condición de pura luz, lo llena todo sin ocupar sitio.

Gran poeta, filósofo eminente, ejemplo de virtud propuesto a las nuevas generaciones: la iconografía memorial, desde la medalla al busto; la biografía laudatoria, la oda y el discurso aniversarios, celebráronlo a porfía. Hubo calles, liceos y bibliotecas de su nombre. Una anticipada posteridad empezó a cantar sus versos. Todavía llorábanlo malogrado en plena juventud para la gloria de la patria. Mezclábase con ello un razonable pesar de haber tolerado, a título de libertad del pensamiento, aquellas injurias de la ralea internacional que no le perdonaba su vigilante patriotismo; pues uno de los frutos más venenosos cosechados por el hospitalario Fadistán era la enconada ingratitud de los aventureros que lo invadían.

Mas, estos mismos habían sido precisamente los primeros en explotar como editores las abandonadas obras de Karim que publicaban por cuenta propia, cruzadas las tapas con los colores nacionales y solicitada

con premioso interés su adopción en las escuelas. Todo lo cual iba sabiéndolo Karim, mediante el llevar y traer de las caravanas.

* *

Transcurridos ya siete años de una prueba tan concluyente que había acabado por desarmar a los más acérrimos enemigos, Karim y su esposa emprendieron el regreso. Presumíanlo triunfal, no bien fueran reconocidos; y prometíanse lo que, por cierto, érales más precioso aun, el sereno gozo de una simpatía tan injustamente negada.

Para asegurarlo más aun, Karim había compuesto en su retiro, maduras por la experiencia, el reposo y la satisfacción de aquella gloria que le discernían por muerto, pero que resultaba irrevocable ya, algunas de entre sus mejores obras. Nuevo tributo que rendiría a su patria con el acostumbrado desinterés.

Cohibido por una extraña emoción, no exenta de melancólico presentimiento, pasó entre sus propios bustos coronados por laureles de bronce; compró una de sus obras en cierta librería clásica, y saludó, al pasar, su nombre en el frontispicio de una escuela, donde las *ideas avanzadas* habían hecho tanto camino, que el propio inspector de sección acababa de arriar la bandera patria, por considerarla «un trapo militarista».

Bajo esta penosa impresión, presentóse Karim ante los estrados de la Academia. Allá, por lo menos, encontraría la serenidad inherente a la vida del espíritu, y el respeto de la obra realizada en la ausencia, que siendo, además, la mejor, se impondría con espontáneo prestigio.

Pero en la ilustre corporación, aunque todos lo reconocieron sin dificultad, pues su fisonomía y actitud habían cambiado poco en siete años, negóse su identidad con desdén.

La primera explicación ingeniosa correspondió al secretario, quien vió en aquel individuo un sosías de Karim, tocado a la vez de pillería y demencia. Pero como la publicación de las nuevas obras causó excelente efecto entre la juventud, a quien, desde luego, apasionaba la aventura; y como los editores reclamaron acto continuo su derecho al bien póstumo que era ya propiedad común, el Ministerio Fiscal solicitó a la Academia un pronunciamiento definitivo.

Este fué, además, luminoso: «Urgía, ante todo, defender la venerada memoria del ilustre poeta y filósofo Karim, usurpada por aquel malhechor, incorporando al patrimonio espiritual del glorioso difunto las obras que presentaba el audaz, y que perteneciendo, sin duda, al insuperable filósofo y poeta, conforme lo indicaban su concepto y su estilo, habríale aquél substraído en vida, quién sabe dónde y cómo, o después de su siempre llorada desaparición, mediante abuso de confianza o hurto calificado a la ejemplar cuanto incógnita viuda; ya que no podía considerarse sino como una nueva, y con esto duplicada ofensa a la gloria y a la buena fe, la correlativa pretensión de la mujer que lo acompañaba. Por todo lo cual,

aconsejábbase confiscar los dichos sublimes escritos al falso Karim y reducirlo a prisión, junto con aquélla, hasta que confesara su abominable delito».

Esta notable pieza, colaborada, según era visible, por los jurisconsultos de la institución, basábase, para abundar, en un testimonio médico: según constancias, el deplorable mal que arrebató prematuramente aquel genio al cariño y veneración de sus conciudadanos, causó desde luego, la deformación de su rostro. Así lo establecía el correspondiente certificado médico; y aunque la compañera del usurpador sostenía que el doctor de turno en el dispensario de pobres de aquella época, expidió dicho documento sin haber visto a Karim, el decoro profesional excluía semejantes controversias.

Karim, a quien todo aquello iba divirtiéndolo, en verdad, más que contrariando, llegó a experimentar grave disgusto en la persona de su esposa, ultrajada por la burla y la sospecha.

Ambos reían de buena gana ante aquella situación, en la que Karim resultaba a la vez sobreviviente, usurpador y sosías de sí mismo. Pero la hostilidad popular empezaba a condensarse en torno suyo; y entonces, jugándose a la prueba decisiva, pidieron la exhumación del sarcófago de Karim, cuyo contenido anticiparon por cierto.

El recurso, consentido por la Justicia con gran dificultad, les salió enteramente adverso; pues lo que se consideró probado con eso, fué que Karim y su mujer habían consumado la usurpación, violando el sepulcro ilustre para sustraer los ínclitos restos.

Semejante concurrencia de delitos, imponía, ya inevitable, la cárcel. Pero la Academia, considerando que a la frustrada exhumación podían suceder otros desentierros comprometedores, adoptó una resolución hábil y generosa a la vez.

En atención a que, después de todo, los delincuentes habían completado las obras del incomparable escritor con algunas de sus mejores páginas, sin realizar, en suma, su perverso designio, solicitó y obtuvo la

conmutación de la pena correspondiente a la pareja, por destierro perpetuo.

La tercera vida de Karim concluía, así, en la Suprema Purificación, tornándolo ajeno a su propia gloria.

Mas cuando ambos traspusieron las fronteras del Fadistán, la campiña confundióseles con el cielo en un solo desvanecimiento azul. Un triple haz de oro arrancaba de sus pies; y sin duda para no deslumbrarlos, un ángel aparecióseles en figura de pastor.

—Oh, Karim— dijo— poniendo una mano en su hombro;—por haber vivido a la vez tres vidas en una, agotaste tu destino mortal. He aquí que ante vosotros se abren los tres caminos de perfección: el de la Verdad, que remonta al esplendor; el del Bien, que lleva a la alegría, y el de la Belleza, que conduce a la serenidad. Elige, oh Karim.

Karim estrechó el talle de la bien amada con mayor intimidad y tomó el tercer camino.

LEOPOLDO LUGONES

(La Nación, Buenos Aires)

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recoméndelo a sus amigos.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga Cervecería TRAUBE se refiere a una em-singular en Costa experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Hace cuatro años, al cumplirse el vigésimo quinto aniversario de la aparición del primer libro de Lugones, proyecté con varios amigos un homenaje digno del acontecimiento. Tratábase de las bodas de plata de Las Montañas del Oro y soñamos una fiesta tan fabulosa que nunca llegó a realizarse...

Las conferencias patrióticas que Lugones pronunció por aquella época en el Coliseo, malograron con su escándalo militarista nuestra iniciativa. El distinguo necesario entre las ideas políticas del orador y las estéticas del poeta no era cosa fácil. Muchos de sus admiradores pacifistas prefirieron declararle la guerra negándolo en absoluto. Hubo quien le reconoció talento poético; pero sólo hasta la víspera...

Con todo, un año después, y en ausencia de Lugones, el homenaje quedó realizado mediante la presentación colectiva de sus últimos cuatro libros al Concurso Literario Nacional. Cerca de cien artistas—poetas, escritores, críticos,—firmaron la presentación que un jurado acaba de consagrar con el premio máximo del año 1924.

Eso es lo que se refiere al homenaje y a su historia...

En cuanto a la presente entrega que yo anuncié con motivo de una nueva edición de *Los Crepúsculos del Jardín*, apenas si debe considerarse, por coincidencia, un suplemento... Se trata sólo del material que he tenido más a mano. No de todo el que merece reunirse sobre la vasta labor lugoniana.

Inaugura estas páginas un admirable soneto de Fernández Moreno, que pinta al maestro de cuerpo entero. Sigue un curioso artículo de Horacio Quiroga—publicado en *Tribuna de 1905*—que dice la admiración que suscitaban los versos de Lugones en el escritor novel de aquella época. Después, Sanín Cano, Gerchunoff y Ventura García Calderón comentan magistralmente el significado de Lugones en América. Luego, tras de un poema inédito del maestro, y unos versos circunstanciales de Rafael Barrios, vienen cuatro juicios críticos de Gabriela Mistral, José Vasconcelos, Nicolás Coronado y Roberto F. Giusti.

Por último, completan la entrega dos ensayos dignos también de ser conocidos: uno muy fino y sutil del Dr. Amador Lucero; otro muy justo y leal del profesor Pereira Rodríguez.

Además, estas líneas que, a fin de ahorrar explicaciones personales, copio del *REPERTORIO AMERICANO* para los muchos mentecatos que andan por ahí.

"Cuando Samuel Glusberg se interesa por la defensa literaria de Lugones, aunque en lo político disienta de él, es porque en la amplitud del medio bonaerense se logra imponer la necesidad de oír todas las voces sin pasarlas por el filtro de las capillas".

La frase, más que un elogio de mi libertad de espíritu, resulta un epigrafe a todo lo que sigue. Por eso, tengo verdadero pla-

Homenaje

de la revista bonaerense *Babel*, a Lugones,
con motivo de la segunda edición
de *Los Crepúsculos del Jardín*

cer en recogerla como director responsable de *Babel*.

SAMUEL GLUSBERG

(*Babel*, Buenos Aires).

Una visita a Lugones

Pellicer, Montenegro y yo pasamos esa tarde unas horas inolvidables. Lugones es de una sencillez que cautiva; su señora, Juanita, una dama encantadora y todavía bella, con un trato afable y dulce y una penetración asombrosa. Con sólo oír dos o tres composiciones de Pellicer dió un juicio atinado. Su conversación nada tiene de erudita, es toda agilidad y gracia.

Lugones había invitado a un célebre maestro de música para que le oyésemos ciertas composiciones dedicadas a los niños de las escuelas; nos tocó no sólo aires argentinos, sino composiciones humorísticas y fantásticas, como para enlazar con la fábula o el cuento infantil; nos informaron que esa música se estaba enseñando en las escuelas primarias y el kinder.

Carlos Pellicer recitó versos suyos, un poco cortado, delante del gran poeta, y ya al final, después de una rica merienda de chocolate y pastas y frutas, Lugones mismo nos leyó una composición vieja suya, titulada, si mal no recuerdo, *Los Burritos*, y fué un deleite único escuchársela.

Lugones es muy europeizante, pero no desdeña lo indígena; su sala está ajuarada con tapetes y cortinas de vivos colores de fabricación indígena de la región de Salta, ya cerca de Bolivia, que es la única zona donde la Argentina tiene indios puros. Aunque el tipo de Lugones es más bien de español, sin embargo su color es demasiado moreno para que no tenga nada de sangre indígena. Su inteligencia es universal y su interés humano abarca todos los temas. A mí me obsequió un libro suyo sobre educación, y escribe constantemente sobre cuestiones sociales, políticas y artísticas; su estilo es brillante, nutrido de imágenes; pero, dominado por la razón, es más cerebral que emotivo. En aquellos días era muy discutido por su cambio de frente contra el socialismo; después ha hecho profesión nacionalista cerrada; no es posible estar de acuerdo con él, en sus nuevas maneras; pero hay que admirarlo, porque además de genio poético y talento claro, posee aquel don que nos acerca a lo divino: la bondad.

JOSÉ VASCONCELOS

(Del tomo *La Raza Cósmica*,
Agencia Mundial de Librería, París).

Lugones

El caso de Leopoldo Lugones desconcierta como ciertas riquezas inauditas de la naturaleza. Este hombre que es, por sobre todo,

un artista, va en un ímpetu de amor humano, hacia cien actividades modernas. Es pedagogo, político—en alto sentido,—historiador y ciudadano. Y en toda tierra cava con hondura e imprime su sello latino. Y lucha contra la rutina y la plebeyez en cada artículo diario y entrega en cada poema nuevo

una sensibilidad depurada, utilizada y hasta un ápice de perfección que ni en Rubén Darío conoció antes la América.

A rama de las ciencias como la Pedagogía, que han vuelto odiosa a pura repetición de lugares comunes y a pura sequedad de espíritu, trae su frescura de fecundador, injerta savias nuevas y casi insospechadas y nos devuelve el Maestro que casi hemos perdido, el hombre de la vida, por sobre el de los sistemas y las fórmulas escuetas. Su *Didáctica* es tan original como sus poemas y está como *Las Montañas del Oro* preñada de vida. El *Sarmiento* es la única biografía americana concebida y tratada desde un sentido y con una visión americanos. Nunca en prosa nuestra «trabajó la naturaleza» y se deslizó en la obra literaria como aquí; prosa magnífica, rica y calurosa de sangre, con relieve y color intensos, escultórica sin rigidez, viva y caudalosa como un Amazonas. Sus recursos traen una oratoria nueva; el período castellano se heleniza sin perder abundancia, pero corrigiendo el exceso. Como en el *Sarmiento* la metáfora maravillosa sorprende, es punzadora, deslumbrante; la emoción se derrama hacia la multitud, bullente como de pecho americano, pero el vaso que la derrama es griego por la limpidez y la nobleza absoluta de la línea. Las últimas poesías de Lugones son como una transfiguración del idioma. Es el castellano espeso y terco, ductilizado, espiritualizado hasta un milagro de celaje o de cristal; es el intento de Rubén Darío y de Amado Nervo logrado, cumplido. En estos maestros los motivos místicos fueron ayuda y ambiente propicio. Lugones aplica la transparencia de la frase a motivos reacios, hasta hostiles, y llega a lograr la misma o mayor elegancia y nobleza; del paisaje espiritualizado de azul, pasa al hogar sin que mengüen la nitidez, la levedad ni la hermosura.

Por todo esto—y por otras cosas más—es un suceso dentro de la historia de la lengua la obra del Maestro argentino y mantiene en una espectación a los espíritus profundos y amorosos en sentido estético. Enjundia y manto nuevos del castellano van naciendo de estrofa a estrofa, de estudio a estudio. La precisión y la seriedad de un trabajo científico están en su labor. No es sólo el *tañedor* ni el vivificador de una lengua; es también el arquitecto; es un mago al que sirven, por igual, ciencia, música, colores y líneas que has divorciado la poesía de lo sobrenatural para asentarla como una pirámide, en tierra firme de conciencia absoluta y de seria, sagrada realidad.

GABRIELA MISTRAL

(*Atlántida*, Buenos Aires, 1919).

Leopoldo Lugones

¿Qué edad tiene Leopoldo Lugones?

No consultemos las pequeñas enciclopedias que vienen de Barcelona. Ellas se han empeñado en anticipar el nacimiento del poeta y lo refieren con sólida certidumbre al año 1868. Y no es exacto, ni lo es tampoco el dato de un diccionario del mismo género y hecho con igual prolijidad, editado en París, según el cual Lugones nació en 1870. Leopoldo Lugones nació en la provincia de Córdoba, en Río Seco, en 1874. El hombre, como se ve, no puede quejarse de sus cuarenta y cinco años. Los ha vivido bien. Basta revisar la densa lista de sus obras publicadas para comprender que no ha perdido el tiempo desde los días ya lejanos en que empezó a verse su firma en los periódicos locales de Córdoba. Era entonces un recio muchacho que se anunciaba distinto de los demás por su escasa vocación por el doctorado, tan difundido en la región y que constituye, con el pariente cura, un rasgo nobiliario de las familias de pro. Otros caminos le llamaban. Ni el doctorado ni la iglesia solicitaban sus simpatías. Si aquello podía tolerarse con algún asombro, esto último ya daba que hablar a los tranquilos vecinos del barrio de San Francisco, donde pululaban los elegantes de la localidad, prontos siempre para salir con el cirio a la calle e infaltables tanto en la misa como en la confitería principal desde cuya acera se asiste a la retreta de la plaza. Y dió mucho que hablar, en efecto. Decía y hacía cosas raras. En las columnas de la prensa cordobesa comenzaron a aparecer versos que no estaban dentro de las reglas que desde hacía lustros incontables venían enseñándose en el grave claustro del colegio. Eran los versos de *Gil Paz*, su seudónimo de la iniciación.

En la rueda de amigos, Lugones exponía sus ideas literarias y filosóficas que dentro de poco debían traducirse en el principio de la obra fuerte y de la acción pública constante, que ha hecho de él en nuestro país a un continuo removedor de pensamiento, a un elemento destinado a inquietar el espíritu dirigiéndolo o exacerbándolo. Su nombre, aun no había llegado al tumulto de Buenos Aires. Sólo una vez, en la redacción de la extinguida *Tribuna*, Mariano de Vedia lo citó en una conversación al contar sus impresiones de un viaje a Santiago del Estero. Asistió allí a la inauguración de la estatua de don Lorenzo Lugones, coronel de la Independencia. Después de los oradores importantes, que habían volcado sobre el auditorio la elocuencia consabida de los homenajes, se irguió un joven de aspecto muy provinciano, que exaltó al héroe con palabra inusitada en tales actos. Era Leopoldo Lugones. Mariano de Vedia, sin tener aún una noción precisa de aquella mentalidad que se abría, hablaba con entusiasmo de ese discurso oído al azar en una consagración cívica de Santiago. Años después vino Lugones a la metrópoli y cayó a *Tribuna* con una carta de Carlos Romagosa. Así empezó su conquista de Buenos Aires.

Pero venía precedido ya de una fama inquietante. En Córdoba se contó invariablemente con su concurso para todas las parrandas subversivas, desde la prédica anticlerical hasta la propaganda de las ideas avanzadas, esas ideas avanzadas que suelen aterrorizar con tanta vehemencia a los que viven en el interior y se hallan todavía en el dulce período del azoramiento. ¿Habrán dejado de persignarse los excelentes contertulios de la universidad de hace veinte años al leer los artículos de Lugones en las columnas inflamadas de *Tribuna libre*? Allí escribía la juventud tumultosa de Córdoba, el núcleo hondamente descreído que florece con violencia en los centros ortodoxos. Lugones era el jefe y el maestro. Buenos Aires no lo diluyó en sus poderosas corrientes. Al contrario. El espectáculo de la gran ciudad, en vez de desconcertarlo, acentuó su emprendedora energía y no tardó en ser una persona visible. En aquellos años funcionaba el Ateneo y en el Ateneo se libraba la vasta batalla entre los servidores de la tradición clásica, que gemían en vocativo, y los imprevistos defensores del nuevo movimiento artístico que tenían en Rubén Darío su expresión y su pauta. Lugones, señalado ya en Córdoba como revolucionario en literatura y en lo que no era literatura, se incorporó al grupo rebelde, acogido inmediatamente como la más alta esperanza de la escuela renovadora. Darío le llamó «el formidable Lugones», y en las redacciones se le citaba con admiración y con inquietud. Los clasicistas sostenían que el modernismo de la flamante poesía y la técnica flamante de esos destructores provenía del falseamiento del idioma. En las discusiones familiares del Ateneo, los adeptos del viejo rito solían exasperarse hasta perder la línea solemne de su postura al comparar la producción de los poetas ilustres con los ejemplos de los modernistas. Lugones se dedicaba a hacer el análisis de los versos que recitaban sus contrincantes. Lo hacía con agresivo buen humor, con prolija crueldad. Al principio apenas advertían al adversario venido de tierra adentro, pronto se vieron obligados a considerarlo; porque ese revoltoso poseía el don de atraer con la palabra, los encadenaba con su dialéctica potente y, además sabía hasta la saciedad. Los clásicos fueron vencidos, los clásicos se retiraban del recinto cuando este hombre, de ademán vehemente y nervioso y de voz resonante, iniciaba una discusión. La aparición de su primer libro, *Las Montañas del Oro* lo sacó del comentario reducido del círculo, de los debates apasionados del cenáculo para entregarlo a la polémica pública. En 1900, cuando yo frecuentaba el aula del Colegio Nacional, sus versos ya se discutían en la clase de retórica. Había dos partidos. Los abogados de la escuela clásica se agrupaban en torno del profesor y los revolucionarios levantábamos la nueva bandera y escribíamos orgullosamente en el pizarrón ejemplos sacados de *Prosas Profanas*, de *Las Montañas del Oro*, de *Castalia Bárbara*. Un día nos encargaron una composición sobre el alejandrino. Empecé a

leer la mía: «Los mejores alejandrinos del idioma castellano se han escrito en Buenos Aires. Dicen así:

Es una gran columna de silencio y de ideas en marcha. El canto grave que entonan las mareas...»

—¿De quién son estos versos?—interrogó el profesor con acento angustiado.

—De Lugones.

—¡Vete al patio, anarquista!

En la clase siguiente, no bien se sentó el profesor en la cátedra, le manifesté que los maestros no tenían derecho de imponer a los estudiantes sus ideas artísticas y sus creencias literarias. Estaban obligados a enseñarnos a aprender, pero no a aceptar ciegamente lo que nos suministraban. No nos gustaba Núñez de Arce y nos parecía un pobre señor el venerable Olmedo. Y con tranquilidad de homicida leí mi composición sobre el alejandrino. Cuando terminé la lectura los alumnos aplaudieron. El profesor no volvió más aquel año. Lugones se introdujo así en los espíritus juveniles. Nos dominaba su audacia, la belleza que presentíamos en su poesía que aun estábamos lejos de abarcar en la amplitud total de su valor y en la compleja diversidad de sus matices. Pero advertíamos en su fondo algo distinto, algo nuevo, que nos apartaba de la matraca pseudo-clásica, de las cándidas orgías de Flores, de la cavernosa chocolatería de Mármol, de la ruta trillada y gris de los versificadores americanos que no podían dar un paso sin invocar desesperadamente a la anémica musa de ojos lánguidos cuya imagen aparecía en los tomos opulentos de las antologías.

Lugones sigue siendo el poeta de la juventud. Lugones no ha cambiado. La leve huella del tiempo ha puesto un tono grisáceo en sus sienes. Su energía es la de antes. Oigo decir a menudo que Lugones cambia mucho de ideas. Esa acusación no es infundada. Cuando se tiene ideas es menester ir las cambiando, porque las ideas vienen de los hechos y de las circunstancias, que son las que cambian. Es natural que el liberalismo del escribano y el socialismo de boticario no varíen ni en forma ni en sustancia porque ambos pertenecen en sus convicciones a la raza de los que siguen a los demás. Lugones es de los que crean las ideas y es lo lógico que interprete los sucesos del mundo con la visión del futuro, con el concepto transcendental del pensador en quien la variabilidad es un signo de vigor fecundo. Como artista, Lugones ha ido simplificándose hasta llegar a su fuerza expresiva actual. Como pensador, su obra revela una línea constantemente mantenida, una línea interna que indica en la totalidad de la obra realizada idéntica orientación hacia la belleza y hacia el bien. En realidad, es esta su filosofía permanente y es este el sentido primordial de su poesía y de su prosa. Nadie, entre nuestros escritores, se ha consagrado con más intensa pasión a servir al ideal argentino, en la acepción superior del vocablo. Lugones repite el espectáculo grandioso de Sarmiento: es un trabajador de la justicia y de la li-

bertad, y lo hace con sencillez admirable, con la humildad alegre del buen obrero que cumple una tarea normal.

ALBERTO GERCHUNOFF

(*Plus Ultra*, Buenos Aires, 1919).

Los Crepúsculos del Jardín

Yo tuve siempre la seguridad de escribir algo cuando aparecieran *Los Crepúsculos del Jardín*. Primero de todo, como manifestación de mi propio gozo; segundo, por la potencia de su autor; tercero, en homenaje a mis primeros entusiasmos. Como es común relatar en estos casos el conocimiento personal que del autor se tuvo—y esto implica el mérito de variar lo escrito, aligerando no poco la ineludible gravedad judicial que tales cosas suponen—contaré a mi vez que en 1896 leí la *Oda a la desnudez*, primera obra suya que conocí. Sentíme lleno de tal alegría, que le llamé repetidas veces hombre de genio. Aun hoy que no siento tales sobresaltos de emoción, el vocablo se me sube a los labios, sobre todo cuando—como ahora—revivo mis impresiones. Al año siguiente leí *Las montañas del oro*, y sucesivamente algunas poesías, muy pocas. Llegué así a 1900, sin conocer de este hombre nada, ideas, modo de ser, actuación estrepitosa; apenas un amigo que le había conocido antes, y una caricatura en *Caras y Caretas*. Para mí, tan lleno de fresco entusiasmo, la ignorancia de todo dato poetizaba su figura al extremo de suponerlo indio, muy indio, huracán, hercúleo y violento. Por lo demás, inabordable, sobre todo para mí con mi ridícula espontaneidad de joven adorador.

Un día en compañía de un amigo en igual crisis, fuimos a verle.

Nos presentamos sin tarjeta alguna, corriendo la hermosa aventura. Esperamos largo rato, pues la hora más que matinal excusaba toda demora mientras saboreábamos a dúo la emoción de la ruda silueta poética del que debía aparecer en la puerta. Fué así que en su lugar se presentó un hombre blanco, de expresión cualquiera, juvenilizado por un fresco pyjama. La única conciencia de ser él quien buscábamos provenía de un vago parecido con la caricatura. Pero tanto le conocía en mí mismo, que inconscientemente le presenté a mi amigo, y en seguida me presenté yo. Hablamos toda la mañana, poco de letras.

Este recuerdo será duradero, ¿por qué no? Quien haya sentido una grande admiración—en mí era absoluta—comprenderá el abrazo que nos dimos con mi compañero cuando nos hallamos de nuevo en el carruaje.

¡Estábamos tan contentos!

Después hemos sido amigos; y este contratiempo—en el viejo concepto de coartar un libre juicio—existe en realidad, restringiendo la franqueza, tan grande cuando no hay conocimiento personal. Pero no me refiero al amor que puede impedir reprobación; todo lo contrario. Por ese mismo cariño hay ciertos impulsos de noble admiración que cuestan decirse, por pudor, por haberse familia-

rizado ya uno con ellos, y sobre todo por aquello de ser menos expresivo con el amigo más querido en una despedida.

La obra de Lugones tiene tres fases, caracterizadas en *Oda a la desnudez*, *Los doce gozos* y *Emoción aldeana*. La primera y sus congéneres llenan *Las Montañas del Oro*. Las otras dos pertenecen a *Los crepúsculos*.

¡*Los doce gozos!* Muy curioso es la impresión que sentí al leerlos. Estaba en cama, convalesciendo y con un poco de fiebre aún, exactamente como una joven que debe leer a Flores por primera vez. Hace de esto cinco años. Mi emoción fué tanto más fuerte cuanto que no conocía de Lugones sino el lado violento con sus grandes ademanes de *Las Montañas*. Ahora bien; lo que más me llamó la atención fué que—a pesar de la honda armonía de cada soneto—todo él solía estar dislocado, cuartetos y tercetos sin conexión alguna. Casi todos ellos concluían tan lejos de lo sugerido al principio como era posible. Cada verso era a veces un cuadro completo y aparte con su propia alma colorida. Sucédiale otra impresión de otro miraje ya. El final asimismo solía ser una cosa muy distinta, pero que encuadraba maravillosamente las diversas sugerencias. ¿En qué consistía esta prodigiosa y disparatada armonía? Mucho me preocupó eso, siendo, como es, lo más característico de la poesía de Lugones. Poco o mucho se halla en todas sus composiciones. Pero aquellas doce familias en que los hermanos y hermanas se parecían muy poco, dando sin embargo, toda ella la armonía de la misma serena sangre, eran excesivamente lujosas, un lujo flotante de riquísimo drama inconsistente más que todo aliento de lujo, de tan poderosa sugestión, que lo que se veía no era justamente lo descrito sino lo que pudiera haber sido el éxtasis de ese paisaje. La misma clásica pareja se hallaba siempre en una situación insostenible, con una vida tan fugaz como encantadora. Si la frase tiene aun influencia, se puede decir de esos personajes que eran una creación poética.

Por otro lado, gocé extraordinariamente con lo extraño de los consonantes. Hubo sucesión de éstos—los de *La alcoba solitaria*, por ejemplo,—que me otrecieron toda la emoción de una carrera. Fué para mí esta difícil virtud doble goce—bella versificación de gran poeta,—y no puedo menos que recordar aquí el distinguido caprichoso que hace la gente sencilla entre poeta y artista.

La facultad de armonía a contragolpe—e insisto porque es más notable,—le diferencia en un todo de todos, enormemente de Heredia y Samain, por citar dos maestros del soneto. De las obras suyas *El ramillete*, *El pañuelo* y *La vejez de Anacreonte*, son ya otra cosa, en su condición de impresión directa. *Hortus Deliciarum*, *El Solterón*, *Romántica*, *Melancolía*, *La Sola*, tienen el mismo sello de rima difícilísima y nobleza de personajes, pasan sin mancha bajo las palabras, tan albos que sus cualidades parecen simplemente aludidas. Sobre todo la

distinción de caracteres, paisajes, rimas, bien visibles en *El Solterón*, la obra más perfecta de Lugones, sin que ello quiera decir la más alta.

Este noble título corresponde, según creo—y esto supone en arte mi completa convicción—a *Aquel día*... escrito en 1893. Anoto la fecha para recordar lo prematuro de esa producción, con su llanto de antiguo y candoroso dolor humano, sin pudor, fluido, argumentado, contado, anterior y superior a *Los doce gozos*, mucho más literarios. Tiene *Aquel día*... toda la ilógica armonía que caracteriza a aquéllos.

Los cuatro amores de Dryops, *Cisnes negros*, *New Mown Hay*, *La coqueta*, *El mal inefable*, *Ave mía gratia plena* y *Rosas de tu sendero*, se inclinan a mayor sencillez de expresión—de afecto sobre todo,—y así normalmente se llega a *Emoción aldeana*, la cosa frecuente y peculiar a todo el mundo dicha en claro, con ausencia de toda poesía literaria, amando el justo y no fácil lugar común, con ambiente diario, yendo toda ella en una brava fluidez vagamente irónica.

Todo todo, no es cosa literaria, Dios mío! Era un barbero que tenía dos hijas, nada más. Lo batallante de esa sencillez desaparece ante la su gran verdad. La misma ausencia de los adjetivos humaniza más a las dos muchachas esas, perfectamente individualizadas en su sustantivo claro, todo sustancia. Esto supone orientación al arte del hombre, no de la belleza, algo de la severa rectitud que se tuvo antes cuando se escribía sin el propósito de hacer obra de arte. Junto con esa falta de toda complicación académica va la muerte del estilo, hijo querido de la literatura. Y así por huir de él se llega a hacer estilos difícilísimos, probando dolorosamente que ni aun se puede juzgar con estas palabras.

Las loas de nuestra servidumbre siguen el mismo curso de río frecuentado, bien lejano de los lejanos Tocantinos que despiertan ensueños literarios. Inferiores en conjunto a *Emoción aldeana*—o más bien al grado intelectual que ésta supone, siendo acaso el motivo que hace amarla—el último canto revive, la inquietud excesiva de ciertas cosas bastante anormales, y su cuarta estrofa sintetiza otra característica de Lugones: exaltación de elementos poco literarios, anchura de paisaje para situaciones diarias, y gran vuelo poético de episodios creídos siempre bien vulgares...

HORACIO QUIROGA

(*Tribuna*, Buenos Aires, 1905).

No hay en las letras argentinas personalidad tan compleja como la de Leopoldo Lugones. Para dar una idea aproximada de la índole de su obra, fuera menester un largo artículo. Lugones, sin perder su personalidad, se transforma en cada libro. Ha publicado doce volúmenes, y en cada uno ha abordado un género diferente. Nadie ha sabido renovarse de tan completa manera. Sus cinco libros de versos apenas parecen obra del mismo autor. En *Las mon-*

tañas del oro ha sido épico, extraño, suntuoso, simbólico; en *Los crepúsculos del jardín* ha sido elegante, elegiaco, subjetivo, en cierto modo; en *Lunario sentimental* ha revelado dos fases de su temperamento: una burlesca, trascendental, imaginativa, para no señalar sino sus principales caracteres, y otra realista, humana, profunda y muy sencilla; y en *Odas seculares* aparece como un poeta patriótico y a la vez como un Virgilio moderno que cantara la vida argentina de los campos, las cosechas y los ganados.

MANUEL GÁLVEZ

(Del tomo *La vida múltiple*, 1916).

Noticia

Leopoldo Lugones nació el 13 de junio de 1874 en Río Seco, provincia de Córdoba. En ella estudió hasta el cuarto año del Colegio Nacional. Siendo muy joven comenzó a colaborar en los diarios y revistas locales. Sus primeras producciones literarias llevan el seudónimo de *Gil Paz*. En 1893 publicó su primera obra, *Los mundos*. A principios de 1896 llegó a Buenos Aires y de inmediato se incorporó al grupo de jóvenes que se reunían en el Ateneo, en torno de Rubén Darío. Su talento deslumbró. Darío publicó en *El Tiempo* (12 de mayo de 1896) un artículo que merece ser conocido. Se titula *Un poeta socialista: Leopoldo Lugones*. Mientras preparaba *Las montañas del Oro*, que publicaría en 1897, Lugones daba en *El Tiempo* los capítulos de *El Misal Rojo*, que nunca llegó a editarse en volumen. Durante algún tiempo fué empleado en Correos y Telégrafos; de 1900 a 1904, inspector de enseñanza secundaria y normal. En 1906 hizo su primer viaje a Europa, y en 1911 el segundo. Fundó en París, en enero de 1914, *La Revue Sudamericaine*, de la que aparecieron nueve números. De regreso en Buenos Aires, realizó una activa campaña en favor de la causa de los aliados. En 1914 fué nombrado Director de la Biblioteca de Maestros, cargo que aún desempeña. En 1923 dió en el teatro Coliseo, por iniciativa de la *Liga Patriótica Argentina*, una serie de conferencias contra la democracia, el parlamentarismo y el predominio de los extranjeros en la Argentina, que provocaron rudas polémicas. En julio de 1924 partió por cuarta vez a Europa a fin de representar a la América latina en el Comité de Cooperación intelectual de la Liga de las Naciones. A su regreso fué enviado por varias instituciones argentinas a las fiestas del centenario de Ayacucho, con motivo de las cuales pronunció un discurso de resonancia continental por su tono enérgicamente antidemocrático.

JULIO NOÉ

(De la *Antología de la Poesía Argentina Moderna* Buenos Aires, 1926).

Pienso de Lugones todo lo contrario del común de los críticos: creo que está alcanzando una depuración y una sencillez emotivas extraordinarias. Esos romances hechos de nada; tan llenos de invitaciones a todas

las fugas imaginativas, me placen. Es el maestro de siempre y, sin embargo, hay en él la venerada juventud de una sensibilidad niña, para ver el mundo interno a través de un cristal tan limpio.

He ahí uno de los estudios que pienso emprender en breve: el estudio de la para mí maravillosa obra lugoniana, tan fuerte y tan personal.

ARMANDO DONOSO

(De una carta a S. G. 1924).

...Yo no he encontrado la sensación shakespereana más que en algunas cosas de Lugones—en quien encuentro todo.

RUBÉN DARÍO

(«Algunos juicios» en su libro *Todo al vuelo*)

Soneto

Cuando empezó a cantar el alma mía,
bastaba sólo murmurar Lugones,
para ver levantarse dos torreones
de piedra y hierro al corazón del día.

Quise ver al señor de poesía,
de su castillo alcé los aldabones,
y me asustaron como tres leones
su fuerza, su salud y su alegría.

Pero hoy dimos en una encrucijada,
venía el hombre de jugar la espada
y era todo calor, rima, desnudo.

Chispas el ojo, juventud el talle.
Hoy caminamos juntos por la calle...
¡Hoy le he perdido para siempre el miedo.

FERNÁNDEZ MORENO

(*Babel*. Buenos Aires).

Un libro siempre nuevo

Ha aparecido una nueva edición de *Los Crepúsculos del Jardín*, el segundo tomo de versos debido a la inspiración juvenil de Leopoldo Lugones. Era una necesidad de los países de habla española. La primera edición, de pocos ejemplares, desapareció del mercado de libros con la rapidez con que se pierden en el arenal sediento las gotas de lluvia. Para satisfacer el anhelo de numerosos admiradores que ese libro le ha suscitado al originalísimo poeta argentino, han hecho su agosto editores clandestinos, libreros piratas, las revistas literarias del continente y muchos poetas errantes que confiados en la escasa información de los auditorios daban por suyo lo que el ingenio de Lugones había inventado. El libro llegó, pues, antes de su segunda edición, a gozar de todos los privilegios de la fama. Primero circuló ufano en veste nueva, con el aroma penetrante y áspero del papel recién impreso, por todas las comarcas de lengua española. Más luego aparecía como mercancía codiciada en la tienda del anticuario o se escondía recelosamente en los estantes de una biblioteca de bibliófilo, entre un Elzevir codiciado y un Ibarra suntuoso. Días más tarde, ya ausente de los mercados en su apariencia original, empezó

a mostrarse con varios disfraces en lugares apartados, hasta que la justicia intervino para ahuyentarlo. Todavía, sin embargo, tentaba la codicia de los poco escrupulosos que lo habían deseado, no sólo en tierras de América, sino también en España, y aun en Francia, en Italia y en Inglaterra, naciones donde crece poco a poco el interés por los letras americanas.

Las mejores cualidades de la poesía de Lugones se ostentan en este pequeño libro: su potencia verbal extraordinariamente fecunda en recursos de sonoridad y en felices combinaciones de imágenes no explotadas por nadie antes que él; una proporcionada y digna combinación de la gracia de la expresión y la fuerza del concepto, raras en un idioma un tanto rebelde a los medios tonos, en donde la literatura clásica oscila entre el torrente desbordado de la chacota queveduna, y la dulzura inasequible de Garcilaso, de Jorge Manrique o de Luis de León; y, por último, una vivacidad de emoción, obediente a las exigencias de su léxico distinguido y numeroso, que todavía se muestra en sus éxitos oratorios y en sus arremetidas contra el mal que para él asume formas amenazantes, así como avanzan los tiempos.

Uno de los caracteres distintivos de la inteligencia lugoniana es la aspiración ardiente de Zarathustra: superarse a sí mismo (*Selbstüberwindung*). En poesía Lugones ha querido superarse siempre; anhelo digno de encomio y distintivo de las almas grandes. En ese empeño pasó su vida Goethe que miraba con desdén no fingido las páginas del Werther y sus poesías juveniles. Solamente los necios están contentos de sí mismos y se revuelcan, no sin deleite, en los pliegues del manto juvenil. Pero aunque la tendencia a renovarse es empeño de todo gran talento y de toda alma generosa, en la obra de arte de los mayores ingenios queda siempre la huella de los primeros éxitos. D'Annunzio promulgó el evangelio de la renovación y, sin embargo, en ninguna de sus últimas obras, ni siquiera en la vasta y deslumbradora serie de *Laudes*, ni en sus recientes prosas, ha logrado oscurecer el encanto del *Poema Paradisiaco* o de su novela *L'Innocente*, modelos de expresión armoniosa, de ingenio poético, de inventiva cautivante. Del mismo modo, Lugones, en sus diversos avatares y en sus amenas excursiones por varios senderos de la poesía, ha logrado con su bello talento de artifice crear nuevas joyas de brillo singular y preciosas cinceladuras; pero en todas ellas lo mejor es siempre lo más parecido a *Los Crepúsculos del Jardín*, obra hermosa, obra duradera, en cuyas páginas buscamos los que ya no somos jóvenes, el recuerdo de los tiempos en que pasaban por el cielo de la poesía americana, símbolos nuevos, expresados en voces que nos parecía escuchar por vez primera.

Sea bienvenida la segunda edición de *Los Crepúsculos del Jardín*.

B. SANIN CANO

(*Babel*. Buenos Aires).

(Pasa a la página 175)

Con Diego Rivera: el artista de una clase

FEBRILMENTE, con el ansia infinita de mis años mozos, me he lanzado a buscar en el sinnúmero de obras dispersas, la historia del período vertiginoso y fuerte que durante quince años ha tocado vivir a México.

En conjunto, toda esa etapa social caracterizada por el rozamiento de dos fuerzas antagónicas e irreconciliables, ha logrado impresionarme fundamentalmente; reafirmar hasta no más un criterio, una ortodoxia; sentir en mi carne y en mi espíritu la tragedia de una clase oprimida, a la vez que el apuntalamiento de una fe, de un optimismo inquebrantables. Pero todo ello, fría, serenamente, sin exaltaciones.

He visitado en repetidas ocasiones el edificio de la Secretaría de Educación Pública. Diego Rivera finaliza en sus muros la obra gloriosa confiada a su pincel vigoroso y nuevo. He repasado en ella los instantes disecados por la historia sobre aquel período heroico y al hallar en sus frescos, plenamente, todo lo que ella supo infundirme, encuentro algo más, hondo y único, algo que verticaliza, ennobleciendo, la tarea de una clase que forja un mundo nuevo y que lo lleva ya en sus nervudos brazos.

En tanto la historia me ha mostrado esa etapa formidable, analítica, sin calor, sin movimiento, la he hallado aquí sintética pero completa, palpitante y eléctrica. Sólo entonces he sentido una intensa vibración de vida y de fervor, múltiple y dinámica, una estupenda emoción estética imposible de ser insuflada por la historia, aunque es ella quien concurre completándola infraccionablemente.

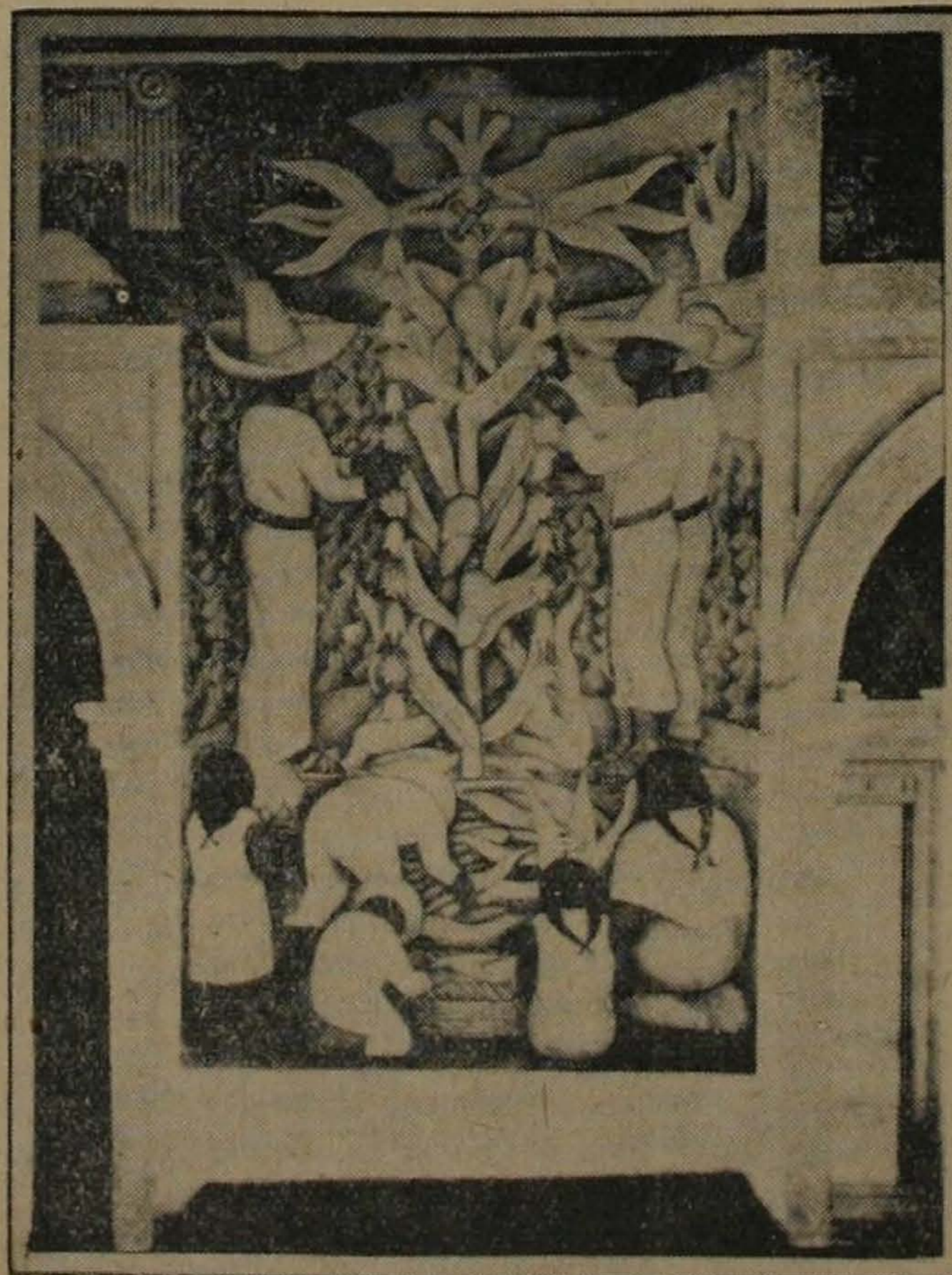
Pero Diego Rivera no es simplemente el pintor anecdótico de la revolución mexicana, detenida en sus proyecciones y en sus máximos caminos. El concreta en su obra la psicología, el sentimiento, la pasión de una clase en camino hacia la Gran Revolución del porvenir, amplia y rotunda. Es el pintor de una clase universal en marcha incontenible hacia la sociedad comunista.

Toda obra de arte se halla fatalmente acondicionada por un hecho sociológico. Imposible que ese esfuerzo social convulsivo y violento efectuado en México, pasara sin marcar profundas huellas en el arte. Y al hacerlo, nos demuestra meridianamente



Diego Rivera

que ese querer una vida nueva llevado a la acción si no ha triunfado, tampoco ha sufrido un estancamiento, una quietud en su esencia. Antes bien, su labor prosigue endémica, subterráneamente, abarcando las plurales manifestaciones del cuerpo y del espíritu.



La Fiesta del Maíz. (Patio de las Fiestas, en la Secretaría de Educación Pública de México)

Fruto ópimo de él es este Artista, este Revolucionario, este Trabajador incansable.

Diego Rivera llena en la temperatura de México una necesidad urgente, histórica, impuesta por la lógica de los acontecimientos. Es una antena tendida hacia los cinco continentes, capaz de captar, para presentarnos concreta y bellamente, las necesidades—sentidas, aunque no formuladas cabalmente muchas veces—las aspiraciones vagas, los anhelos imprecisos, pero implacables, de una clase, columna del mundo. Y digo en México, porque es aquí, más que en otro país cualquiera después de Rusia, en donde el proletariado ha jugado un papel intenso que determina el conocimiento, permeable a todas las miradas, de su enorme rol histórico.

Si Diego Rivera no fuese el artista genial con

válvulas abiertas a las nuevas urgencias de la época; si la poderosa superestructura espiritual que posee no se hubiera fijado en su organismo, privilegiándolo, para entregarnos en cuadros formidables la efervescencia creadora de una clase, no sería él el artista proletario. Sería cualquier otro dotado de condiciones idénticas. Pero sería ineludiblemente.

Por ello, Diego Rivera no es un creador—nadie podría serlo—de los nuevos valores estéticos e ideológicos que hay en su obra vasta. Es el receptor sustantivo surgido del seno de una porción social en el instante culminante de su historia. Como dice Fontenay, el artista no inventa la belleza, sino más bien, los hombres reconocen en su obra la belleza esparcida en las plurales formas de la vida de su tiempo, belleza que su impotencia artística no les permite descubrir por sí mismos más que incompletamente.

Y, como ha sucedido con los grandes artistas surgidos involuntariamente en los momentos en que la vida social humana se adapta a nuevas formas, que todo lo aerean, Diego Rivera se siente rodeado por un núcleo de jóvenes artistas—de talento indiscutible muchos de ellos—que, aunque productos de un instante sociológico mismo, poseídos por una idéntica psicología y ganados por una igual pasión revolucionaria, se imposibilitan de evadirse a su influencia por ser él quien ha desarrollado con mayor

precisión y fecundamente, los valores estéticos nuevos necesarios a los nuevos motivos que se imponían.

Lean en América nuestros pintores, músicos y poetas los conceptos que vierte a mis preguntas este auténtico Hombre Nuevo. No los fósiles malabaristas del arte, sino también aquellos que se llaman falanges del porvenir, tiendan sus cinco sentidos en un esfuerzo de comprensión sincera a quien ha tomado ya sus posiciones en este instante formidable del mundo, franca, valiente y definitivamente, como «un combatiente de vanguardia», como «un soldado de las tropas de choque del ejército proletario».

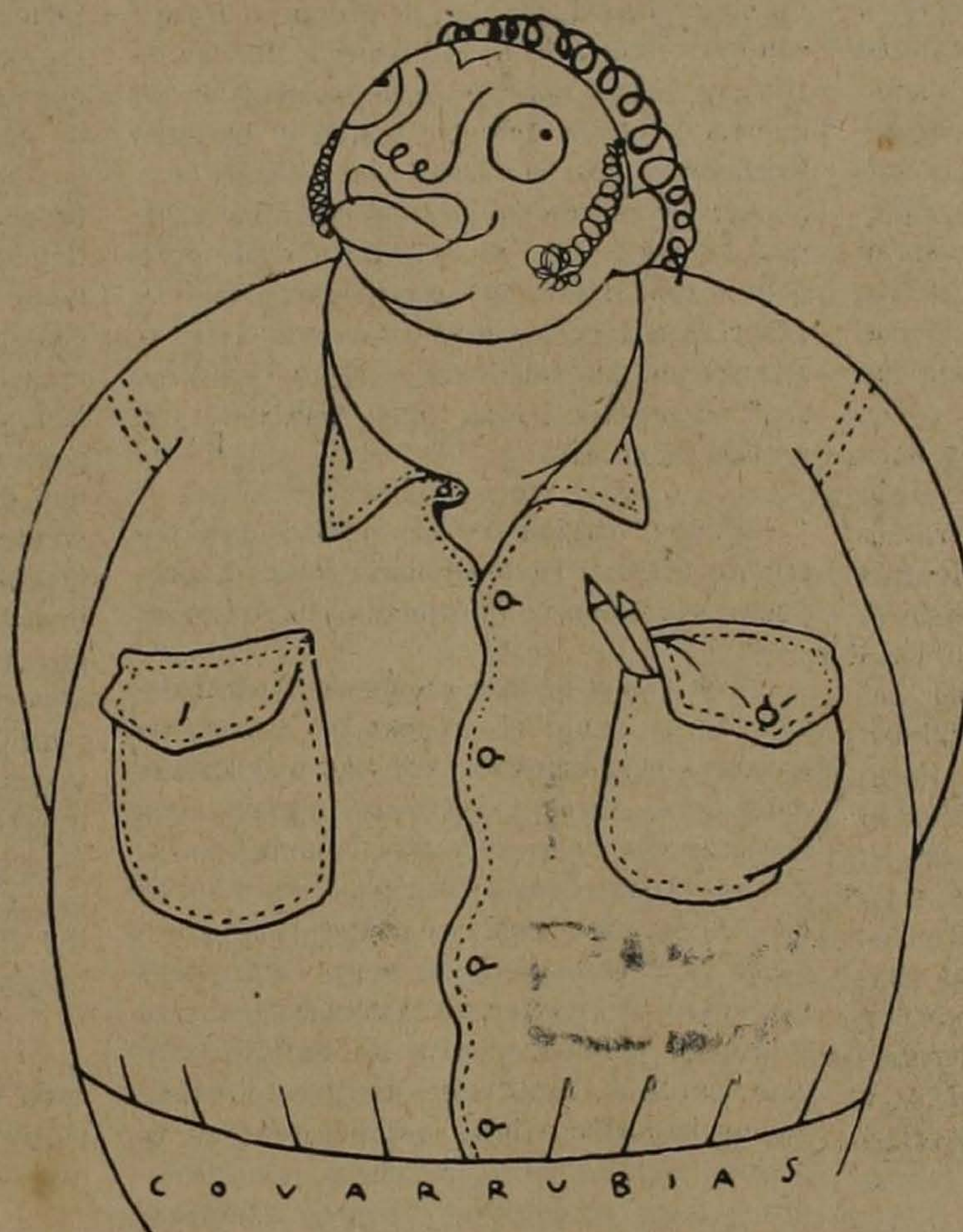
Especialmente el obrero que escruta la sociedad futura desde las elevadas atalayas porveniristas, el que lucha en las avanzadas revolucionarias y que es a la vez capaz de producir belleza, imprégnesse de ellos hasta lo hondo. Que su obra no se pierda al utilizar fórmulas de una cultura y un arte provenientes de condiciones económicas en vías de desaparecer catastróficamente —y a las cuales odia y desprecia— sino que más bien sea un contenido fecundo de elementos posibles de proyectarse hacia el arte humano, el arte futuro, que ha de florecer en la sociedad sin clases.

—¿Es posible el desarrollo franco de un arte nuevo dentro la sociedad capitalista?

—No creo posible el desarrollo de un arte nuevo dentro de la sociedad capitalista, porque siendo el arte una manifesta-



La danza de la Vida y de la Muerte
(Baile ritual de los indios yaquis)



Diego Rivera

Visto por COVARRUBIAS

ción social, aún en la aparición de un artista genial, mal puede un orden viejo producir un arte nuevo.

Además, siendo la obra de arte dentro del orden burgués un producto industrializado y financializable, sujeto a altas y bajas de precio como cualquier valor bancario o cualquiera acción industrial, cae bajo la ley de la oferta y la demanda con todas sus consecuencias agravadas por su calidad de producto mismo mental-sensitivo, estando el productor sujeto a la necesidad de hacer que su obra responda al gusto de sus consumidores para que ellos la paguen, aunque a veces el artista haga esto de un modo subconsciente.

—¿Surgirá un arte proletario, aunque transitorio? ¿Cuáles serán sus características fundamentales?

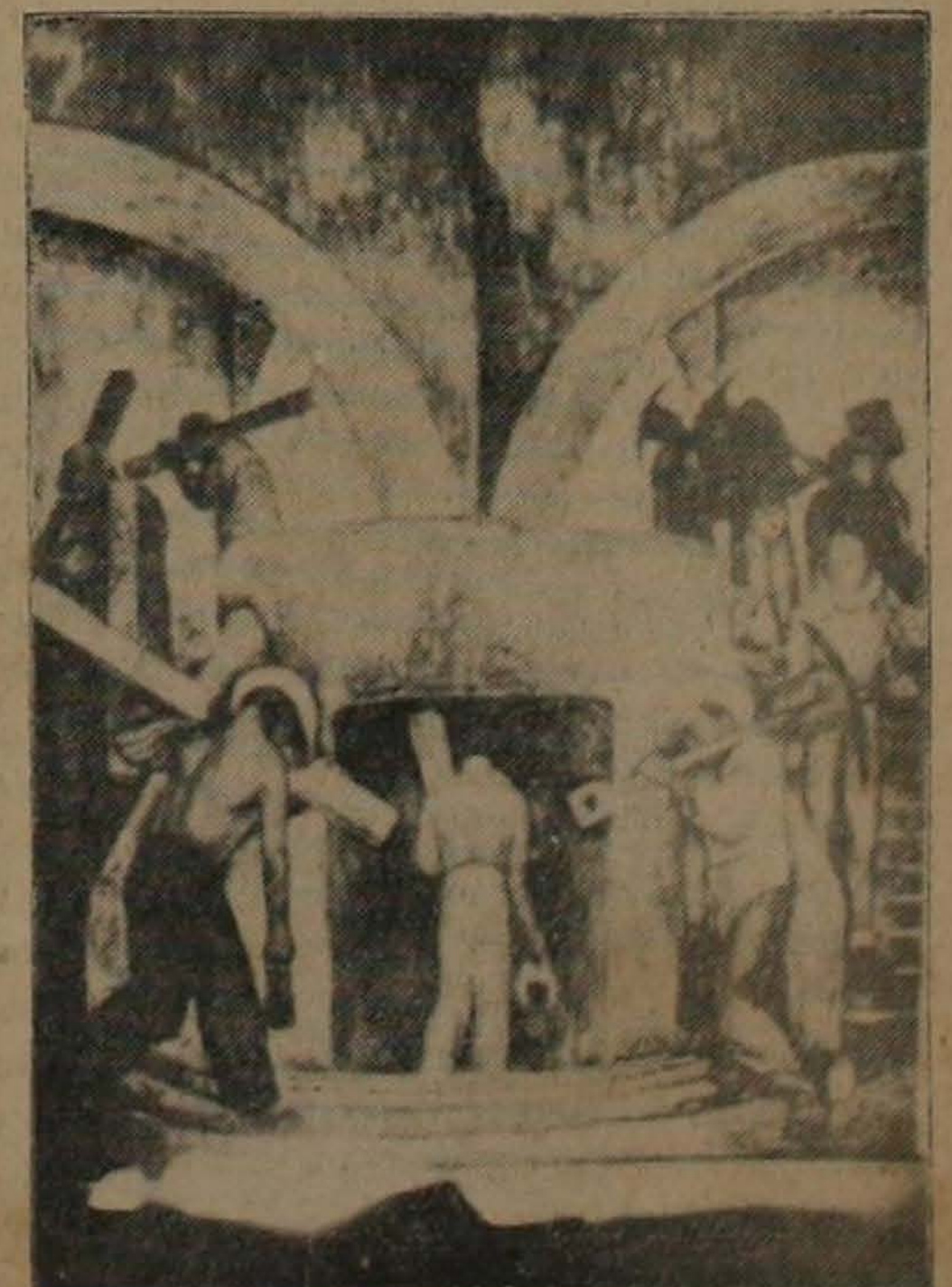
—Siendo EL GUSTO el único medio de orientación para los hombres en el modo y manera de llenar las necesidades primordiales —alimentación, aposentamiento y amor— mientras no exista un gusto proletario, es decir diferente del burgués, las masas trabajadoras seguirán dominadas por los usos creados para la mayor utilidad del capitalista y no para el mayor bien de la comunidad. Es preciso, pues, que EL CONSUMO SE ORIENTE DIFERENTEMENTE y sólo el gusto nuevo puede producir ese fenómeno, y como la obra de arte es el mejor medio y la directa consecuencia de ese GUSTO, no se realizará enteramente la revolución social sin que un

ARTE PROLETARIO funcione ya dentro de ella como parte del nuevo organismo social en formación. Ahora bien, el arte, por lo que en él hay de función intuitiva presente y papel dirigente, cuaja sus formas necesarias desde el principio del fenómeno social. Así es que tendremos con absoluta seguridad UN ARTE PROLETARIO, CUYAS CARACTERÍSTICAS EVOLUCIONARÁN DESDE EL DIBUJO ILUSTRATIVO DE PROPAGANDA, DESDE LA OBRA REPRODUCIBLE A MILLONES DE EJEMPLARES, PARA IR A LAS MANOS DE TODOS LOS COMPONENTES DE LAS MASAS, HASTA LA PINTURA EN LOS MUROS DE LOS EDIFICIOS PÚBLICOS COMUNALES —LAS SEDES GREMIALES, LAS FABRICAS, LAS ESCUELAS, Y LAS HABITACIONES DE LOS PRODUCTORES— ADVIRTIENDO QUE ESTE ORDEN DE DESARROLLO PUEDE Y DEBE TENER VARIANTES SEGÚN LA OCASIÓN DE MANIFESTARSE, PUES ES DE LA MISMA URGENCIA QUE LA REVOLUCIÓN LLENE LAS POSICIONES ESTRATÉGICAS QUE LE OFREZCAN LAS CIRCUNSTANCIAS POR LO QUE TOCA A LA PINTURA Y AL ARTE EN GENERAL, CON LA MISMA PRETEZA QUE EN EL TERRENO POLÍTICO, ECONÓMICO Y MILITAR.

—El cubismo, primitivismo, simplismo, y todas las nuevas tendencias pictóricas actuales ¿serán precursoras del arte revolucionario

o simplemente una nueva etapa del arte burgués?

—En todas las tendencias pictóricas actuales es preciso considerar los factores diversos y contrarios unos a otros existentes en el actual estado social, y no podría precisarse hasta donde hay en cada una de ellas elementos precursoras del arte que



La entrada de la mina

existirá en el ORDEN NUEVO; por de pronto el cubismo trajo a la pintura un aspecto, o más bien dicho un conjunto de una realidad nueva—invención de Pablo Picasso—dando lugar dentro del arte a elementos importantísimos despreciados hasta entonces y creando posibilidades plásticas de acercar la pintura a nuestra vida actual. Henri Rousseau condensó en su obra una verdadera estética popular. EL ADUANERO, como proletario que era, para proletarios trabajó y también fué músico callejero.

Si hoy la burguesía se «interesa» y hace aspavientos y caravanas ante su obra, pagándola caro para provecho de los tratantes en cuadros, hábiles y avisados, mientras rió de ella y la execró cuando el artista la producía, este hecho prueba en todo caso el poder de la obra de arte para abrir camino en el espíritu humano a la posibilidad de un orden de cosas determinado. Paralelo al de Rousseau, el Aduanero, es el caso de Cezanne y Renoir. Mucho se ha dicho desde que Cezanne pintó, que todo obrero francés y todo campesino francés sentados al lado de una mesa, son un cuadro suyo. Es cierto, porque él creó DOS HÉROES NUEVOS DENTRO DEL ARTE DE LA PINTURA, EL OBRERO Y EL CAMPESINO FRANCESES, Y RENOIR CREÓ LAS MUJERES COMPAÑERAS DE ELLOS AUN CUANDO A VECES LLEVARAN REGOCIJADAMENTE TRAJES DE BURGUESAS.

EL ARTE PROLETARIO CREARÁ LA PLÁSTICA DE LAS MULTITUDES, SU DINÁMICA Y SU ESTÁTICA, A LA PAR MÚLTIPLES Y PROFUNDAMENTE COHERENTES. Y SUS CARACTERÍSTICAS SERÁN UNA SÓLIDA ORGANIZACIÓN Y LA MAYOR SENCILLEZ Y CLARIDAD EN LA EXPRESIÓN ENVOLVIENDO EL FUEGO INTERNO DE UNA PASIÓN MÁS PODEROSA QUE LA DE CUALQUIER INDIVIDUO, PORQUE SUMARÁ LA DE LAS MASAS INNUMERABLES. Por eso el arte proletario sumergirá al del burgués con la misma facilidad con que un elemento natural en movimiento, agua o viento o fuego, de la tierra, arrasa un jardincillo raquíftico.

—Cuál deberá ser el papel del artista en el momento social que vivimos?

—Aún en el caso de una manifestación fieramente individual, heroicamente genial e independiente por completo, para la cual se eliminará totalmente el factor económico, el genio de su autor se manifestará a través de su condición humana. En consecuencia, en nuestro tiempo, toda producción artística NO PODRÁ TENER MÁS QUE UNA DE DOS MODALIDADES, PROLETARIA O ANTIPROLETARIA. Porque aún en el caso del llamado «Arte Puro», LA ACTITUD DE AUTONOMÍA, NEUTRALIDAD O INDIFERENCIA POR PARTE DEL ARTISTA HACIA LA ACCIÓN DE LAS MASAS COMBATIENTES, NO SERÁ —es preciso definir esto perfectamente bien— SINO IDENTIFICACIÓN PASIVA CON LA CULTURA Y EL ORDEN BURGUESES Y SOLIDARIZACIÓN CON SUS INTERESES, PUES SIENDO TAL ACTITUD POR PARTE DEL ARTISTA, INDIVIDUALISTA, ESTÁ DE ACUERDO CON LO QUE FILOSÓFICA Y PRÁCTICAMENTE ES LA CARACTERÍSTICA DEL ORDEN BURGUES. Además, es *perverso* y *tonto* suponer siquiera que el producto de los sentidos y la mente de un ser humano pueda «deshumanizarse»; se trata

únicamente, para el burgués artista o no, de meter la cabeza bajo la propia ala para sentirse escondido a la manera del avestruz, y poder ser un «emboscado» en la guerra de clases actual. Cuando el burgués inteligente JUEGA Y TRABAJA HACIENDO LA OBRA DE ARTE, como dicen ciertos filósofos críticos del arte, JUEGA al arte puro o al puro arte sexual COMO LOS ARISTÓCRATAS EN LAS CÁRCELES REVOLUCIONARIAS JUGARON EN FRANCIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX Y FINES DEL XVIII, PARA NO PENSAR EN EL TURNO INELUDIBLE DE RECIBIR LA MUERTE.

—Puede originarse en México una corriente artística revolucionaria capaz de proyectar su influencia a los pueblos de América?

—POR RAZÓN DE LAS CALIDADES CARACTERÍSTICAS DE SU MEDIO FÍSICO PROPICIO Y LOS REMANENTES BIOLÓGICOS PROCEDENTES DE CULTURAS ANTERIORES, VIVOS Y FECUNDOS, TODAVÍA CON POSIBILIDADES DE NUEVO AUGE Y DESARROLLO, TAL VEZ MÉXICO SERÍA UN LUGAR PROPICIO EN QUE PUDIERA ORIGINARSE UNA CORRIENTE DE ARTES CAPAZ DE INFLUENCIAR A LAS MASAS PROLETARIAS DEL RESTO DEL CONTINENTE AMERICANO, SIEMPRE Y CUANDO EN MÉXICO EXISTA UNA DEMANDA PROPICIA, ES DECIR, PROLETARIA. Para esto existe ya una importante base estética, que es la pintura popular mexicana hecha por proletarios para proletarios. Desgraciadamente las circunstancias sólo lo han dejado como campo de acción las iglesias católicas y las tabernas. Gustando el pueblo de México, por influencia del medio y por atavismo de toda manifestación estética, SI EN MÉXICO HUBIERA UN DÍA UN MOVIMIENTO PROLETARIO FUERTE, ESE MOVIMIENTO PRODUCIRÍA ARTISTAS QUE SE MANIFESTARÍAN PARALELAMENTE A ÉL. Y HASTA PUEDE DECIRSE QUE EN MÉXICO HAY YA UN GRUPO DE ELLOS, MUY PEQUEÑO, PERO CLARAMENTE DEFINIDO, QUE CORRESPONDE A ESTAS CIRCUNSTANCIAS. Y si sus manifestaciones no han sido más numerosas y vigorosas, se debe a que si bien la fuerza de las masas proletarias pesa ya como factor ineludible sobre la política del gobierno mexicano, el poder está todavía muy lejos de las manos de los obreros y los campesinos, para poder manifestarse.

La pintura revolucionaria sobre los muros de los edificios públicos ha precisado a los artistas proletarios una lucha continua con características muy diversas y situaciones sumamente difíciles que en la mayoría de los casos han impedido el pleno desarrollo y aun la conclusión de los trabajos emprendidos.

—Dadas las condiciones político-sociales por las que atraviesan los pueblos de la América del Sur ¿es posible el surgimiento en ellos de artistas revolucionarios?

—Por lo que hace a los países de la América del Sur, no conociendo el medio, sólo puedo responder en el terreno de la hipótesis. Según vaya creciendo en ellos el movimiento obrero y la burguesía viéndose obligada a contar con su desarrollo como factor poderoso en las modalidades políti-

cas, crecerán las posibilidades de manifestaciones amplias de un arte revolucionario; en cuanto a manifestaciones intensas, aunque complicadas—dibujos, grabados, cuadros de caballete—nada puede oponerse a que se produzcan inmediatamente, pero es preciso que los artistas revolucionarios tiendan siempre a conquistar lugares permanentes para sus manifestaciones, aprovechando las circunstancias en que la conveniencia o el temor obliguen a la burguesía a dejárselos; esto es sumamente importante, pues cada muro de un edificio público, de una escuela, de cualquier lugar perteneciente a la colectividad en que sea posible ejecutar una pintura revolucionaria, será una posición estratégica ganada a la burguesía en la guerra que sostenemos. No importa si estas posiciones son tomadas, perdidas y vueltas a recuperar muchas veces, pues el pintor revolucionario no es un ridículo y excelso creador de obras maestras, sino un combatiente de vanguardia, un soldado de las tropas de choque del ejército proletario; a veces puede ser un guerrillero.

—¿Hay alguna razón esencial para la marcada preferencia que U. demuestra por los motivos de la vida campesina y nó por los del proletariado industrial?

—En mi trabajo existen, como piensan algunos de mis compañeros, una preferencia marcada hacia los motivos de la vida campesina sobre los del proletariado industrial. Será, supongo yo, por que viviendo y pintando en México, país de una enorme mayoría campesina, esta mayoría forzosa y naturalmente prevalece en mi visión plástica.

Por lo demás, puede decirse, ASEGURARSE, que de hoy en adelante el artista será revolucionario o no será. Pues, para que la obra de arte pueda desarrollarse con la extensión necesaria, cada voluntad de cada unidad de la masa se sumará a la del artista y él se volverá un verdadero condensador de vibraciones, una especie de antena receptora o trasmisora de la aspiración homogénea de millones de hombres, y su producción crecerá y aumentará hasta alcanzar la talla del deseo colectivo de todos los seres humanos. Por eso, en la modernidad, el gran artista, EL ÚNICO ARTISTA, sólo puede ser revolucionario y tiene que ser proletario por que aunque existen también millones de burgueses, la aspiración de ellos es estática o regresiva, es decir, en los dos casos negativa y sólo sirve para que la obra de arte positiva, es decir revolucionaria, se desarrolle por contraste, con mayor intensidad.

Además, para que la obra de arte lo sea verdaderamente, y no un pastiche inútil o una simple falsificación comercial, es indispensable que su productor posea LA NECESARIA PUREZA, es decir, QUE SU MÓVIL DOMINANTE SEA UNA PASIÓN SUFICIENTEMENTE FUERTE PARA QUE CUALQUIER OTRO MÓVIL LE SEA INFERIOR, DESAPAREZCA Y SE ANIQUILE, AL LADO DEL PLACER DE SATISFACER ESA PASIÓN DOMINANTE,

Y SOLAMENTE SI ELLA ACCIONA RECTAMENTE, SIN LA MENOR CONCESIÓN A UNO U OTRO LADO DE SU TRAYECTORIA, SE PRODUCIRÁ LA VERDADERA OBRA DE ARTE, ESO QUE LAS GENTES LLAMAN OBRA DE GENIO. EN NUESTRO TIEMPO—COMO EN TODOS LOS TIEMPOS—ES NECESARIO QUE LA PASIÓN DOMINANTE COINCIDA CON LA ASPIRACIÓN COLECTIVA DE LAS MASAS, PARA QUE ELLA PUEDA DESARROLLARSE CON LA EXTENSIÓN NECESARIA.

Así sucedió siempre, y por esa razón en la actualidad y aún por lo que respecta al arte llamado de vanguardia, tanto en la plástica como en la literatura y en la música, hay un estancamiento en las modalidades de 1914, y aún mucho más viejas, o una tendencia a la regresión arqueológica (manifestaciones protegidas en Italia por el gobierno fascista, al par que el futurismo imperialista, y por consecuencia, eminentemente burgués), en ambos casos el arte moderno coincide perfectamente con el deseo colectivo de la burguesía. Por eso en 1926, y para lo de adelante, aquel que no sea un falso artista, un falso poeta, será un poeta o un artista proletario y revolucionario.

ESTEBAN PAVLETICH

México, julio de 1926.

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Teosofía

JOSÉ B. ACUÑA: *La Sociedad Teosófica y El Movimiento Teosófico*. San José, Costa Rica. (Don. del A.)

Sociografía

TRISTÁN MAROFF: *La Justicia del Inca*. «La Edición Latino Americana». Bruselas, 1926. (Don. del A.)

Relaciones Exteriores

The Mexican Revolution and the United States, 1910-1926, by Charles Wilson Hackett (102 West 33rd. Str. Austin, Texas. U. S. A.) Published by WORLDPEACE FOUNDATION. Boston. (Don. del A.)

El Congreso de Panamá y algunos otros proyectos de Unión Hispano-Americana. Prólogo de Antonio de la Peña y Reyes. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1926. (Don. de la S. de R. E.)

ARTURO ORZABAL QUINTANA: *Hacia la bancarrota de la Liga. Porqué la República Argentina debe alejarse de Ginebra*. Edición de NOSOTROS. Buenos Aires, 1926.

Gremios

El obrerismo organizado de Nicaragua ante la opinión social. 1926, Managua. (Don. de la Secretaria del O. O. de N.)

Anarquismo

E. ARMAND: *A l'encontre du Bon Sense.—Q'est ce qu' un Anarchiste?—Amour libre et liberté sexuelle.—Le Combat contre la Jalousie et le Sexualisme revolutionnaire.—l'Initiation individualiste anarchiste*. Editions de l'en dehors. Paris et Orleans. (Don. del A.)

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Rectificación

Señor Director de REPERTORIO AMERICANO

Acabo de leer la segunda parte del hermoso artículo de nuestro distinguido amigo don Justo A. Facio, últimamente publicado en la muy importante revista de usted. No sin cierta natural vanidad, veo que la indulgencia del señor Facio me alcanza a mí también. Debo sin embargo hacer una aclaración. Hay un grave error de citas, error en que se ha incurrido inadvertidamente, pero muy en mi daño.

Escribe el señor Facio: «Con frase lapidaria define el Presidente Coolidge el papel estupendo que el gran argentino hubo de desempeñar en el continente: *Es, dice, uno de los grandes caudillos del pensamiento en los países americanos*».

Ahora bien, en las palabras lapidarias subrayadas, el Presidente Coolidge *no se refiere a Sarmiento sino a Morazán* (V. Reproducción, N° 139.) De referirse a Sarmiento, yo habría sido el primero en aplaudir, sin negar por ello la extrema discrepancia de ideas que me separa del famoso fogoso argentino. Lo que me pareció y me sigue pareciendo una enormidad es la afirmación de que: «Con excepción de Emerson, es dudoso que ninguno de esos paladines de nuestra edad de oro literaria fuera superior a Sarmiento».

Los paladines a que alude Coolidge son nada menos que Longfellow, Poe, Washington Irving, Fenimore Cooper, etc.

La expresión PALADINES DE NUESTRA EDAD DE ORO LITERARIA es demasiado elocuente para necesitar de disquisiciones.

Sarmiento se burlaba de la PROPIEDAD en el lenguaje, de la lógica en la construcción, de la belleza en la forma. ¿Cómo, pues, colocarlo, no digo entre los paladines, entre los hombres de letras de cualquier fila?

Para perdurar, las obras de Sarmiento reclaman un traductor.

En cuanto a la expresión «gran escritor», las cosas cambian. Unos, críticos o lectores, fijan su atención principalmente en el fondo de lo escrito, y llaman grandes escritores a los caudillos del pensamiento. Otros, con excusa igualmente aceptable, atienden sobre todo a la forma. Otros—y ahí voy yo muy detrás de Horacio—llamamos grandes escritores a quienes se muestran completamente grandes, por lo que dicen y por la manera de decirlo.

Todavía más, creo con don Andrés Bello, que los signos del pensamiento obedecen a leyes generales que derivan de aquellas a que está sujeto el pensamiento mismo, y que, por consiguiente, no puede haber *mal decir* donde realmente haya *buen pensar*.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

San José de Costa Rica, 14 setiembre 1926.

Carta alusiva

México, julio 20, 1926.

Señor J. Garcia Monge:

Victor Raúl Haya de la Torre ha tenido ocasión de hablarme de usted presentándose como a uno de los jóvenes exponentes de la nueva generación americana.

Ello me impulsa a intentar contribuir en lo posible en la obra vasta que se ha impuesto desde REPERTORIO AMERICANO. He pedido a nuestro Diego Rivera—tan discutido en México como ignorado en los pueblos del sur—exponga su criterio en lo que se refiere al arte revolucionario, del cual es su genial representante en nuestra cultura.

Allí va y espero de su parte una acogida cordial.

Con gran afecto, suyo

ESTEBAN PAVLETICH

Dirección: apartado 619. México, D. F.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Organo del Centro de Estudiantes de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739

Buenos Aires.

Los burritos

=Tomado de la excelente *Antología de la Poesía Argentina Moderna. 1900-1925*. Con notas biográficas y bibliográficas. Ordenada por JULIO NOÉ. Edición de *Nosotros*. Buenos Aires, 1926.=

Aunque esto pase por natural rutina,
diré que los burritos de mi cuento,
son hijos de madama Pollina
y de maese Jumento.

Que el lector menosprecie
mi estrictez genealógica, no me acobarda.
Tengo interés en diferenciar tal especie,
del noble caballo y de la mula bastarda.

Desde que Jesús, a guisa de hacanea,
tomó la borrica hebrea,
según cuenta Mateo en su historia sucinta,
es esa una respetable ralea;
pues como aquella bíblica abuela estaba encinta
debe atribuirse a los asombros
de un estado tan sensible,
el signo elemental y terrible
que su familia lleva también en los hombros.
Y ciertamente un blasón como aquél,
no lo tiene el gallardo corcel.

Además, su fina cabeza,
comporta un distinguido atributo.
Tienen el jarrete enjuto,
y su pequeño pie es signo de nobleza.

Mézclase a lo zurdo de su malicia aldeana,
una mimosa simpatía de niño;
y poseen este cariño
de la vida animal: la lana.
En sus hirsutas frentes que nada alegra
y en su cara picarescamente roma,
se contradice una perpetua broma
con un servil tormento como en la raza negra.
Junto a la burra laboriosa y prudente
como una buena mujer, sus comitivas
toman un trotecillo de nene obediente,
acompañado por orejas alternativas.

Orejas como diéresis de oblicuos tildes,
que abren al rebuzno vocales más rudas,
o recogen azul de cielo como agudas
ojivas, para aquellos cerebros humildes.
Corónalas al tábano con candente adherencia,
como un ascua en la punta de un habano,
y saben dar palmadas como una mano,
y son los cubiletes de la paciencia.
Cuando de sueño caen desgajadas,
en su cavidad duerme el murmullo
como una crisálida en su capullo.
La música y la lógica tiénelas por almohadas.
Solemnízanse en mitras o en faluchos;
y los burritos,
se hacen con ellas muy bonitos
cucuruchos.
O entre sueños esbozan signos
en dirección de quiméricos pesebres;
o las derriban, malignos,
una hacia atrás y otra hacia adelante, como liebres.

Su belfo en escolásticos bostezos ya se arruga.
Vagamente huelen a orégano y lechuga.

Usan con pulcritud discreta,
cual si economizaran un modesto salario,
sus trajecitos de *homespum* ordinario,
y sus botoncitos de baqueta.
Para preservarlos de infaustos azares,
frecuentan cuidadosos los abrevaderos;

no los meten al barro como los terneros
que tienen cuatro pares.
Gastan hebra por hebra,
el fleco de su erin mísera y dura;
ignorán el intrépido timbre de la herradura,
y usan las medias viejas de la cebra.

En todos los países,
los más apreciados son los asnillos grises.
Hay algunos rojizos como el orín;
otros negros y crespos como el hollín;
otros blancos, y a éstos
los prefieren para las vacaciones;
del trato con los niños adquieren locos gestos,
y vuélvense sumamente bribones.
Espantan retozando a las bobas
de las ovejas;
aborrecen a las viejas
y roen sus escobas.
en medio de los patios hacen pis,
y metén al azúcar sus dientes de miss.

Mas, con qué suave disciplina
aceptan al flébil mellizo
que les imponen en el chico enfermizo,
agotando la leche de mamá Pollina.
El morral brutalmente postizo,
quítales su precaria golosina;
y conformes como una criatura sola,
que alcanza a comprender la vida,
descansan con una pata encogida,
moviendo automáticamente la cola.

Por las claras noches, bajo la influencia
del plenilunio, ambulan con los gansos,
que pasean en crisis de lunar demencia
la estólida unanimidad de su opulencia.
Así es como, silenciosos y mansos,
sorprenden las citas
de las novias aldeanas,
o los grupos de pequeñas Juanas
que juegan a las mamitas.
Estudian las fuentes secas;
contemplan la luna en exótico estrabismo.
Quizá esto es un vago paganismo,
con difusos recuerdos de Tebaidas y Mecas,
escuchan divertidos la copla del gaucho,
que en ronca guitarra llora su desvelo,
mientras su hociquillo de caucho
tantea minuciosamente el suelo,
con una clara
expresión de suaves dudas,
como si repasara
pequeñas sílabas mudas.

Fugaz instante de sosiego,
que los muchachos trastornan muy luego.

Asústánlos de pronto imitando el relincho
de algún celoso potro en son de ataque;
o el más badulaque
monta al más alegre, clavándole un pincho
bajo la cola que se agita y desfloca
como un cordón de campanilla loca:
símil evidente
de la gozosa charla.
(Pero no hay que tirarla,
porque puede sonar desagradablemente).

Sobre la arena de frescura acuática,
entre risas, palmoteos y coces,
inician su doma absurda y acrobática
a la luz de la luna los jinetes precoces.
No queda sin desfondarse un calzón,
ni chico que no fructifique un chichón.

El pequeño pollino,
 afronta con famoso coraje la zumba,
 y después de cada corcovo en que los tumba,
 sacude sus orejas como aspas de molino.
 Hasta que, al cabo,
 suéltanlo echando chispas, tras cuatro moquetes,
 con un puñado de cohetes
 o una lata en el rabo.
 Así es como conquista,
 sus primeros principios de moral pesimista.

La frescura del amanecer agreste,
 entra por sus narices con sutil delicia;
 y sienten sobre el lomo la paz celeste
 como una impersonal caricia,
 que les da entre vagas ideas afectuosas,
 la sensación de Ser con todas las cosas.

Con los etéreos tornasoles
 del poético rocío
 que condensan las telarañas y las coles
 en el huerto aun ligeramente umbrío,
 el alba tiende sus cristalinas
 bambalinas.
 Inútil es que el olfato vibre
 hacia aquella hortaliza de coloridas fajas:
 pero el dulce verdor del campo libre,
 da calidad de trébol a pencas y borrajas.

Hacia comarcas más salvajes
 cruza un ave por el cielo,
 con el espacioso vuelo
 de los largos viajes.
 Pasan, iniciando pequeños trotes,
 soñolientos perros de orejas gachas;
 y tras ellos van matinales muchachas,
 lóbregas aun las crenchas y lacios los escotes.

Sobre el verde paño
 del collado frontero,
 descifra un invisible sendero
 el tortuoso renglón de un rebaño.
 Supón que esta imagen oportuna,
 oh, lector, en la mente de los burritos flota,
 pues no es difícil que tengan alguna
 idea de la imprenta, aunque remota.

Ellos son, en efecto, la cabalgadura
 en que van a la escuela del distrito
 los pequeños labriegos cuya vida es tan dura,
 que aquel viaje «obligatorio y gratuito»
 nunca se desdeña
 para llevar un queso o un casal de pavos,
 y ordinariamente dos haces de leña
 que valen diez centavos.

Aquella mísera vida paralela
 en que unos y otros abrevian su infancia,
 les impone con su perseverancia
 un apego de triste parentela.
 Y por esta circunstancia
 aprenden los burritos a saber qué es la escuela.
 Ciertamente da lástima ver tanto chico,
 bajo el azote de las crudas brisas,
 los unos tiritando en sus burdas camisas,
 los otros con un rudo torzal en el hocico.

En las cristalinas auroras de escarcha
 que el fisco impone a los tiernos palurdos,
 el ritmo tetrasílabo de la marcha
 sugiere cantos silvestres y absurdos.

Una especie de lamento
 sin palabras, acentúa
 como un son de arrullo y viento:
 «Ca-u-cúa, ca-u-cúa».

«úa-úa, ca-ú-cúa...»
 Plañidero rudimento
 con que el bosque conceptúa
 su palabra de Elemento.

La trompa en que el pequeño jinete borda,
 quimeras entre dientes, cual sonoro pespunte,
 con su aguja monótona y sorda
 escande asimismo la copla transeunte

«Ca-ú-cúa, ca-ú-cúa»
 «ca-ú-cúa»
 «úa-úa»...

Pero el repaso
 del deber escolar, lento y agudo,
 ha enseñado otro paso
 al pequeño discípulo orejudo,
 que vuelve más blando
 su habitual meneo,
 y aconsonantando
 con el deletreo,
 en clásico arrobo
 su animula embebe:
 «B-a-ba, b-e-be,
 b-i-bi, b-o-bo...»

Luego, en algún lance inquieto
 de la gárrula pandilla,
 se ha comido en secreto
 más de una cartilla:
 de donde resulta
 que tiene en el caletre,
 a pesar de su facha inculta,
 más ideas que el mulo petimetre.

En tanto que el sol que los campos remeza,
 dilatándose por la pradera,
 enciende como una pálida hoguera
 el bálago de la choza,
 su vibración de oro
 despertando montañas y pensiles,
 parece gloriarse con un eco sonoro,
 en el dorado canto de los gallos gentiles.
 Bien pronto el humo que se desparrama
 desde la chimenea en rizos regulares,
 anuncia que, dentro, la doméstica llama,
 responde a las brillantes clarinadas solares.
 Abandona la sombra el nido obscuro
 del alero de paja,
 y como el agua de un estanque baja
 por el rústico muro.

Rebuznan en el prado los garañones,
 apuntando hacia los jacos eunucos,
 sus pares de orejas como trabucos
 de dos cañones.
 Temblorosa de deseo
 y de terror al bozal y a la cincha,
 alguna yegua adúltera relincha
 desde la dehesa rival su devaneo.
 Mas en ese instante cruza un birlocho
 por el carril de arena sonora,
 al miserable trote de un jamelgo chocho.
 Y ante tal espectáculo la hembra avizora,
 con sobresaltos ariscos
 pone su libertad a buen recaudo,
 tendiendo su galope más raudo
 por lomas y campos, por rampas y riscos.

Tal los buenos asnillos al trabajoso gusto,
 de su sobria merienda de cardos,
 ven el fresco mundo con sus ojos pardos
 en una suave resignación de sino injusto.

El mediodía estival
 que exalta su magnífico fuego, sin un rumor,

se paraliza en el vibrante calor,
 macizo como un bloque de cristal.
 Con fragancias favoritas,
 la loma tiende al bondadoso animal
 el puñado de margaritas
 de su verde delantal.
 Pero al goloso empeño,
 se opone con dulzura fatal
 la muelle madurez del sueño;
 y después hay por medio un manantial.
 Mejor es, en delectación estable,
 evitar mojaduras y catarros,
 viendo de lejos cómo sobre la innumerable
 dentadura de guijarros,
 pasa la risa del agua inquieta;
 en tanto que a través de la fronda,
 cada pliegue de la onda
 brilla como una aleta.
 Así gozan sin excesos
 en fantasías beatas,
 el ensueño solar que salpica los sesos
 de margaritas escarlatas.

El descanso propicio
 de las siestas foscas
 abrumadas de calor y de moscas,
 vuelve aún más sensato su buen juicio.
 Dilatando hasta la ranilla
 un azogado contrapelo,
 como reído por una cosquilla
 tiritita impacientemente su brazuelo;
 pues la circundante y zumbona taravilla
 no es una alegre causa de desvelo.
 Y mientras el dogo que a dormirar empieza,
 con ojo de colérica pereza
 sigue largamente una mosca al vuelo:
 juntando la desazón del bochorno
 al insecto que la exaspera,
 y al evidente trastorno
 que hay en exasperarse de cualquier manera,
 cuando de retorno
 solamente una nueva desazón nos espera—
 en un mismo
 argumento de ingeniosos ravites,
 combinan el sorites
 del dulce optimismo;
 yendo a buscar con pausas remotas,
 algún marlo, en cuyo último recoveco,
 quedan dos o tres granos de maíz, como gotas
 de miel en un panal seco.

Una pálida fiebre palpita en los campos;
 tuesta en oro la chacra sus futuras fanegas;
 los vidrios de la basura estallan en lampos,
 y las chisporroteantes langostas veraniegas,
 parece que se fríen de amor sobre las matas,
 al reclamo agridulce que zumban sus patas
 coma los vibradores de las trompas labriegas.
 Ruedan los nubarrones pintorescos,
 balumbas de cándidos bombasíes;
 y sobre los collados frescos,
 pasan sus sombras turquíes
 como pavos reales gigantescos.

He ahí una ocasión para que un lomo escuálido,
 se revuelque a gusto sobre un mundo tan cálido.

Mientras en su trinchera de hoyos nuevos,
 la gallina, hecha una plasta,
 se desvencija como una canasta
 (naturalmente de huevos)
 imitan ellos dulzuras tan gratas
 echando al aire sus cuatro patas.

Perdiendo a uno y otro lado el aplomo,
 disfrutan su gimnasia a pierta suelta,
 la gracia está en darse vuelta

enteramente sobre el lomo.
 Una loca alegría los colma; y entre
 el dorado polvo alrededor disperso,
 miran un vahido el cielo inverso,
 cual si por un instante sus patas y su vientre,
 fueran un abierto baúl
 lleno de bello azul.

En tanto la tarde, balada por los chotos
 como una égloga de asonantes vagos,
 tiende en las cañadas y los sotos
 grandes sombras, frescas como lagos.
 Barbota el turbio borbollón de la acequia;
 en tierno verde suavízase la loma;
 y el prado graciosamente obsequia
 un florido aroma
 de cálidos tréboles, que el sol
 destilara cual sublime alcohol.
 Entonces, hacia la frescura quieta
 gimen los asnillos en bronco hiato
 su rebuzno, a guisa de rústica retreta,
 con bronquiales asfixias de silbato
 y profundos sollozos de trompeta.

Avanzan luego hacia la hortaliza
 que el perro casero guarda
 con recelosa ojeriza,
 en apostura insolente y gallarda;
 mas con súbito desprecio,
 en las mismas narices de aquel necio,
 vuélvense lentamente olfateando la vía,
 y dejando caer con simetría
 sus galletas de estiércol verde,
 porque ya tienen la filosofía
 de que perro que ladra no muerde.

Pasa una hora; y con noble reposo,
 tras la baranda de oro del confin
 abre el sol su abanico hermoso
 en una despedida de mandarín.

La tarde con rosadas cintas
 de idílica pastora, conduce sus corderas;
 refrescan las alfalfas aromas indistintas;
 y el cielo se inflama en claridades postreras,
 suspenso como un ángel tras las oscuras quintas.

Los asnillos sienten en ello un sabor
 de leche cándida y de rosal en flor;
 si bien la melancólica certeza
 del deseo imposible les da alguna tristeza.

Con despreocupación que nada asombra
 van a rondar la caballeriza obscura,
 donde el ojo del potro, en su vivaz negrura,
 parece el cristalino núcleo de la sombra.
 El forraje exhala con tentación certera,
 su perfume cereal entre orines salobres;
 y ellos van y vienen como chicos pobres
 ante una panadería de primera.

Hasta que cuando advierten, en calma taciturna,
 que la rana del Angelus ya acabó su poema;
 y en el comedor claro brilla como la yema
 en el huevo, la lámpara nocturna:
 haciendo irónico derroche
 de su bohemia de borricos,
 meten los hocicos
 a falta de morral, en la negra noche.
 Y echando al viento en líricas querellas
 los sinsabores del brezo y de la cáctea
 van a espigar estrellas
 en la Vía Láctea.
 De eso les queda blanquecina
 la punta del hocico.

Y tal es el cuento,
 de los hijos de madama Pollina
 y de maese Jumento.

LEOPOLDO LUGONES.

Homenaje...

(Viene de la página 167)

¡Maestro!

Al fin, el gran talento que desde joven mostrara su varonil pujanza, su franqueza valerosa, vuelve por sus fueros: en las *Odas Seculares* reaparece el soñador de *La Montaña*, pero sosegado y madurado por la reflexión y la edad; reaparece el clarineador de *La gesta magna*, más dueño de un instrumento propio; reaparece el descriptor criollo de *La guerra gaucha*, pero corregido de su endiablado amaneramiento; reaparece el bucólico de *Los burritos*, más consciente de la fuerza artística, que representa ese su nativo don de pintar el campo con naturalidad incomparable, puesto al servicio de una amplia concepción poemática.

Por fin Lugones nos ha dado las lecciones de Belleza y Energía que yo le pedía para poder llamarlo Maestro.

ROBERTO F. GIUSTI.

(Del tomo *Nuestros poetas jóvenes*, 1908).

BABEL

BIBLIOTECA ARGENTINA

DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

Dirección: Rivera Indarte, 1030, Buenos Aires.
República Argentina.

OBRAS PUBLICADAS

Serie A.

LEOPOLDO LUGONES:

Las horas doradas.	agotado
Odas Seculares.	2.50 m/n
Estudios Helénicos.	5 m/n
Filosofía.	2.50 m/n
Cuentos fatales.	2.50 m/n
Romancero.	2.50 m/n
Los Crepúsculos del jardín.	2.50 m/n

m/n=Moneda nacional argentina.

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mutuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral, 2 Square Caulaincourt.

París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Discurso

pronunciado por el Presidente del Colegio de Abogados, en el acto de inaugurarse los trabajos del edificio destinado al Pabellón Universitario de la Facultad de Derecho, el 15 de setiembre de 1926

Señores:

Para honrar a nuestra patria en este día dedicado al recuerdo de su emancipación, la Directiva del Colegio de Abogados acordó celebrar esta sencilla ceremonia y nuestra primera piedra no dará testimonio más tarde de un intento malogrado en flor, sino que marcará efectivamente la inauguración de los trabajos del futuro Pabellón de la Facultad de Derecho dentro de la Universidad Nacional.

En nuestra independencia, que fué sugerida por la iniciativa de Guatemala, colaboró un grupo de varones eminentes por sus virtudes y su amor a la cosa pública que imprimieron a esa República de los primeros tiempos, a la democracia que les tocó organizar, el sello de su austera personalidad, sus hábitos de orden, de tolerancia y de trabajo. Ya en 1824 el patricio don Juan Mora Fernández en su primera Administración funda la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, transformada algunos años después, gracias al entusiasmo clarividente del Doctor Castro, en la Universidad, que posteriormente se instala en su edificio propio, construido bajo los auspicios del Benemérito don Juan Rafael Mora, del Gobernante esclarecido que fué al propio tiempo paladín de nuestra nacionalidad.

Al rememorar estos sucesos he querido indicar el hilo de oro que los ata y los consagra. A pesar de la deficiente cultura que existía al emprender la marcha después de nuestro rompimiento con la Monarquía Española, las primeras medidas del Gobierno Patriarcal que toma en sus manos la crisálida de la Colonia, es fundar una Casa para enseñar a la juventud e importar una imprenta para esparcir la luz entre los hombres. Con la misma mano que suscribieron el acta de independencia firmaron esos decretos previsores con el designio de que los hijos superaran a los padres. Y esa nueva generación puesta a prueba cuando se presentó la horda esclavista de Walker demostró que la semilla había germinado en campo propicio. Intacto estaba el carácter heredado, el roble fuerte y apacible, pero las inteligencias cultivadas brillaron en las combinaciones de la finanza, de la diplomacia y hasta en las fecundas estrategias de la guerra, que para siempre enaltecieron la primitiva historia de esta República.

Era mi anhelo también, señores, demostrar que quizás no se encuentre mejor fórmula del porvenir que la memorable lección que dicta el pasado en los actos y palabras de nuestros próceres. Así y en el ardoroso debate actual de la enseñanza, pensamos que no deberíamos haber olvidado aquel plan de estudios sobrio, limitado a unas cuantas asignaturas bien explicadas, ni abandonado la fundamental autonomía de que

gozaba el Centro Superior encargado de velar por la cultura en todo el país y que gozaba del apoyo entusiasta, sin la tutela centralizadora del Estado. Insisto en que por estas rutas que recorrieron nuestros mayores encontraremos las soluciones acertadas del problema de la Educación Popular.

Inician hoy los abogados esta reconstrucción, después de metódicos esfuerzos, que han sido mirados con simpatía por los Poderes Públicos y alentados por las otras Corporaciones Profesionales que hoy tienen en este lote de terreno la primera prenda de solidaridad y de mutuo interés.

En cuanto al Estado no hay duda de que un precepto de la Carta Fundamental le impone la primordial obligación de costear la enseñanza primaria, principio copiado de la Constitución Norteamericana; pero también es cierto que los incisos 20 y 21 del artículo 73 de nuestro Código Político, confieren al Congreso facultades para promover el progreso de las ciencias y de las artes, crear establecimientos con esos fines, señalando las rentas que exige el cumplimiento de tan nobles actividades.

No podía ser de otro modo, si se considera la pobre vitalidad de la iniciativa privada cuando se trata de instituciones de carácter docente en las naciones de la América Española, salvo las de carácter religioso; porque en esto no nos inspiramos ni en los principios ni en la saludable emulación que reina en los Estados Unidos. Pero existe aún, dentro de las ideas modernas que postulan el dogma de la enseñanza una e indivisible, un argumento irrefutable para contar con el auxilio del Estado. Me refiero a la necesidad de cimentar la democracia, el gobierno del pueblo por los más honorables y los más capacitados y no puedo expresar mi pensamiento en mejor forma que citando unas líneas de un pensador argentino: «Para que el gobierno democrático se desenvuelva es necesario que el pueblo que lo establece esté provisto o procure proveerse de todos sus elementos funcionales; es necesario que haya discreción en las masas y para ello es condición indispensable la instrucción primaria; pero es preciso también que provea medios de impartir la ciencia que forma a los hombres superiores entre los cuales debe escoger el personal que ha de componer el Gobierno».

Es así, que con otras palabras comprobamos la alianza que existe entre la democracia y la ciencia, entre la República y las Universidades que obedecen a las nuevas orientaciones, que abren sus ventanales para que entre la luz maravillosa que permite las investigaciones de los microscopios y lleva en sus ondas la palabra del conferencista, de esas universidades modernas,

que no se parecen a la dogmática Salamanca de antaño y que no tienen ningún punto de contacto con los claustros aristocráticos de Oxford, baluartes de la tradición religiosa y política y de los privilegios de la sociedad británica.

Cuando en 1888 se clausuró por el Gobierno nuestra Universidad de Santo Tomás, se dió como razón principal que era anticuada y que el país no estaba preparado para su reorganización. El Ministro don Mauro Fernández, cuya vigorosa actuación en la enseñanza primaria conquista cada día nuevos sufragios para su bronce, en mala hora derribado, se preocupó de la suerte que corriera la enseñanza profesional y especialmente de la Escuela de Derecho, única que existía en la extinguida Universidad. El admirable reformador no tuvo oportunidad después para desarrollar sus vastos planes. Es su caso muy elocuente para demostrar el error de mezclar la política con la suprema gestión de la Enseñanza.

Esa Universidad que contaba cerca de medio siglo, oyó en sus aulas la palabra de muchos hombres de ciencia, entre los cuales se destacaron el Profesor Bertoglio, precursor de todos los maestros de Matemáticas del país, el Doctor Ferraz, Catedrático de Filosofía, de grata memoria, y el Doctor Zambrana, iniciador y alentador de un grupo de oradores, poetas y prosistas que han sabido honrar al Maestro.

Esa venerable Institución Universitaria formó también a los más distinguidos abogados que por varias décadas han gobernado la República, que administraron justicia en forma tan cumplida y honorable, que es título de honor en el extranjero reconocido al país y que finalmente, después de madura reflexión, promulgaron los códigos modernos. De estos cuerpos de leyes inspirados en su mayor parte en los arquetipos franceses, pero con variantes peculiares, puede decirse que han modelado nuestras costumbres y que su influencia en la cultura es como la del motor en los adelantos de la industria contemporánea. La organización de la familia, del matrimonio y la emancipación efectiva de nuestra bella y abnegada compañera de la vida, la de las sucesiones, la de la propiedad, y los contratos inspirados en las últimas fórmulas científicas liberados de exclusivismos sectarios, las facilidades y garantías para el comercio, los Registros, en una palabra, todo lo fundamental en materia civil. En cuanto a la penalidad y no obstante las críticas que dado nuestro medio ambiente no podían faltar, me limitaré a citar el juicio de un especialista español, el Sr. Jiménez de Asúa, que en la República Argentina, declaró que Costa Rica poseía un Código que era el mejor de todos los similares de la América.

Si las Comisiones y autores de tan importantes reformas legislativas merecen honor, no es menor nuestra deuda con los compañeros del Foro que demostraron en horas difíciles y en épocas pretéritas la va-

ronil entereza que caracteriza al verdadero ciudadano para oponerse a las arbitrariedades del Poder, ya como Magistrados que escuchan ante todo la voz de su conciencia, sin sobresaltos indignos ni débiles complacencias, ya como defensores que comparten la peligrosa situación del cliente con digno desinterés. Tales episodios de nuestra vida pública, inspirados en la devoción generalizada que se tiene al derecho, han contribuido a formar los hábitos de libertad y de civismo que están en el patrimonio del pueblo costarricense y que, como su invariable amor al orden y a la paz, será tan difícil desarraigar en el futuro. La libertad irrestricta del pensamiento escrito, la tribuna parlamentaria respetada, el fallo acatado de los Tribunales de Justicia, la asamblea popular previa a los comicios reunida con todos sus fueros, a pesar de los inevitables desahogos pasionales, son los factores indispensables, los pilares de nuestro régimen político y se deben en gran parte al predominio del abogado en Costa Rica. «Siendo los juristas oradores, como dice Azorín y siendo la oratoria medio de entenderse con las multitudes y en las Asambleas parlamentarias, forzosamente una clase de hombres fértiles y expeditos en la palabra ha de dar un contingente considerable a la política y ha de dominar en la política... La marcha de un país, la marcha fecunda y normal, ¿cómo podría ser regulada por personas ajenas en absoluto a los estudios y problemas del derecho y la política?»

No obstante, Señores, no todo es claridad en ese cuadro y es preciso ahora, que un movimiento de renovación nos impulsa a poner los cimientos de esta nueva Casa de Enseñanza, que digamos cuáles son las taras de nuestra profesión, porque si la fraternidad de todos los investigadores y estudiosos del país habrá de ser la norma dentro del templo, allí no caben los mercaderes, ni los egoístas. Nuestra tendencia en el ejercicio profesional nos lleva fácilmente a buscar la parte práctica y productiva, a convertir en oficio lo que es noble investidura, así como a desdeñar las actividades que no entran en el limitado campo de nuestros estudios cotidianos.

Vosotros, jóvenes, que seréis beneficiarios del anhelo de mejoramiento que esta sencilla fiesta simboliza, que animaréis con vuestra presencia todas las mañanas esta colina desde la cual se contempla uno de los más bellos panoramas de la patria, es preciso que vuestro pensamiento se dilate, que ese horizonte que asciende hacia las cumbres azules de las montañas os diga perennemente una lección de altruismo y de espiritualidad, que tal vez no encontraréis en las páginas de los textos. Vosotros seréis el alma del Pabellón de la Jurisprudencia y el núcleo de la Universidad futura, cooperando con nosotros al lazo fraternal con que deseamos estrechar a todos los trabajadores de la inteligencia.

Un noble desinterés será la divisa de la

Casa, y así como podemos mostrar con satisfacción ese Teatro Nacional erigido con sacrificio al culto del arte y de la belleza; así como allá en la llanura recientemente se construyó un estadio para el espectáculo de la agilidad y de la fuerza, contiguo a las antenas del potente aparato transmisor del pensamiento que completa, gracias a la generosidad de Méjico, nuestra perfecta autonomía, así también en este sitio, con la ayuda de Dios, se levantarán los muros blancos de la ciudadela de Palas Atenea; la virgen griega, alta y serena con su casco y sus ojos luminosos, instalada en el pórtico y aclimatada bajo nuestro cielo, velará siempre por el fuego inextinguible de la ciencia.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

San José, Costa Rica,
15 de setiembre, 1926.

Alejandro Edilio Borges,

Agente General de Revistas y Publicaciones, desea entrar en relaciones con los editores hispanoamericanos, para lo cual necesita que le envíen muestras y condiciones. Boulevard Baralt, Maracaibo. Venezuela.

REVUE DE L' AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

Principales colaboradores

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henry de Regnier, de la Academia Francesa, Magalhaes Azevedo, Luis Guimaraes y Graça Aranha, de la Academia Brasileña, Marius André, Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrère, Francisco García, Calderón, F. de Homem Christo, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyes, J. H. Rosny Ainé, etc.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año, \$ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,
84. Boulevard de Courcelles.—París (17^e).

EL EDUCADOR

Semanario dedicado a la defensa de los intereses de la Educación Pública.

Director: Lic. Aníbal Ríos D.

El número suelto vale 5 cts. oro.

La suscripción a la serie de 12 números vale 50 cts. oro.

Apartado 325. Panamá. R. de P.

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.